CARLOS EDUARDO

ELLA ME DIJO QUE CORRIERA



UN APASIONANTE THRILLER PSICOLÓGICO

Ella me dijo que corriera

Un apasionante thriller psicológico

Carlos Eduarddo

Capítulo 1: El aniversario de las sombras

La lluvia caía suavemente sobre los bosques de Washington cuando Sarah Jenkins dejó atrás la carretera principal y tomó el estrecho camino de montaña que conducía a la cabaña.

Las gotas golpeaban el parabrisas con un ritmo constante, casi hipnótico. Frente a ella, los altos pinos parecían formar un túnel oscuro que se extendía hacia el corazón de la montaña. El cielo gris cubría el paisaje como una manta pesada, y el aire transmitía una sensación extraña de aislamiento.

Sarah apretó ligeramente el volante.

No era la primera vez que visitaba aquel lugar.

Había sido Emily quien lo había descubierto dos años atrás durante una de sus investigaciones sobre pueblos abandonados y leyendas olvidadas. Desde entonces, ambas amigas habían hablado muchas veces de pasar allí unos días lejos del ruido de la ciudad.

Pero esta visita era diferente.

Mucho más importante.

Sarah observó la fecha iluminada en la pantalla del tablero.

Exactamente cinco años.

Cinco años desde aquella noche que había cambiado su vida.

Cinco años desde el ataque.

Incluso ahora, después de tanto tiempo, el recuerdo seguía apareciendo en los momentos más inesperados.

Un ruido detrás de ella.

Una sombra moviéndose demasiado rápido.

Una llamada telefónica desconocida.

Cualquier pequeño detalle era suficiente para despertar viejos miedos que creía haber superado.

Por eso Emily había insistido tanto en aquel viaje.

—Necesitas descansar —le había dicho durante una videollamada semanas atrás—. No como periodista. No como investigadora. Solo como Sarah.

Sarah sonrió al recordar aquellas palabras.

Emily siempre sabía qué decir.

Siempre.

El camino comenzó a ascender entre curvas pronunciadas.

La señal del teléfono desapareció poco a poco.

Primero dos barras.

Luego una.

Finalmente ninguna.

Sarah dejó el móvil sobre el asiento del copiloto.

No le preocupaba.

Emily ya debía estar en la cabaña.

Probablemente habría llegado horas antes.

Seguramente estaría preparando café, revisando documentos antiguos o escribiendo alguna entrada para su blog.

Aquello era muy propio de ella.

La idea hizo que Sarah sonriera por primera vez en todo el día.

Después de casi una hora conduciendo entre bosques, divisó finalmente la estructura de madera.

La cabaña apareció entre los árboles como una figura silenciosa.

Pequeña.

Aislada.

Rodeada por naturaleza salvaje.

Sarah estacionó junto al porche.

Apagó el motor.

El silencio la envolvió de inmediato.

Solo se escuchaba el viento.

Y la lluvia.

Nada más.

Tomó su mochila y descendió del vehículo.

El aire frío golpeó su rostro.

Subió los escalones del porche.

Miró alrededor.

No había otro automóvil.

Su sonrisa desapareció.

Emily siempre llegaba temprano.

Siempre.

Sarah dejó la mochila en el suelo y sacó su teléfono.

Sin señal.

Volvió a guardar el aparato.

—Tal vez se retrasó —murmuró.

Intentó convencerse de ello.

Introdujo la llave que Emily le había enviado días antes.

La puerta se abrió con facilidad.

El interior estaba oscuro.

Vacío.

Silencioso.

Sarah encendió las luces.

Nada.

Nadie.

La sala principal estaba exactamente como aparecía en las fotografías.

Una chimenea de piedra.

Dos sofás antiguos.

Una mesa de madera junto a una gran ventana.

Todo parecía normal.

Sin embargo, una sensación incómoda comenzó a crecer lentamente dentro de ella.

No sabía explicar por qué.

Solo sentía que algo no encajaba.

Dejó sus cosas junto al sofá.

Caminó por las habitaciones.

Dormitorio.

Cocina.

Baño.

Todo vacío.

Emily no había llegado.

Sarah volvió a consultar la hora.

Las seis y veinte de la tarde.

No era normal.

Tomó una taza de la cocina y preparó café.

Intentó distraerse observando la lluvia caer sobre el bosque.

Durante algunos minutos consiguió relajarse.

Pero la inquietud regresó.

Más fuerte.

Más persistente.

Miró nuevamente el teléfono.

Sin señal.

Suspiró.

Quizás Emily había perdido cobertura durante el viaje.

Quizás estaba atrapada en algún atasco.

Quizás.

Había demasiados quizás.

Sarah se acercó a la ventana.

Los árboles se balanceaban lentamente bajo el viento.

Por alguna razón, aquel paisaje le recordó otro bosque.

Otro día.

Otro momento.

Su respiración se volvió más lenta.

El recuerdo apareció sin invitación.

Cinco años atrás.

La noche del ataque.

Recordó la lluvia.

Los pasos.

La sensación de ser observada.

El miedo.

Un escalofrío recorrió su espalda.

Cerró los ojos.

No.

No iba a permitir que aquello volviera.

Había pasado años reconstruyéndose.

Años aprendiendo a convivir con el pasado.

No iba a retroceder ahora.

Abrió los ojos nuevamente.

Se obligó a respirar con calma.

Entonces escuchó un ruido.

Sarah se giró de inmediato.

Su corazón dio un salto.

Pero solo era una rama golpeando una ventana.

Nada más.

Se sintió ridícula.

Aun así, la sensación de inquietud permaneció.

Las horas comenzaron a pasar.

Siete de la tarde.

Ocho.

Nueve.

Emily seguía sin aparecer.

Sarah había intentado llamarla más de veinte veces.

Sin éxito.

Cuando finalmente consiguió una débil señal cerca de una ventana, el resultado fue el mismo.

Buzón de voz.

Una vez.

Dos veces.

Diez veces.

Siempre igual.

La lluvia continuaba cayendo.

La oscuridad se había apoderado completamente del bosque.

Sarah encendió la chimenea.

El fuego iluminó la habitación con reflejos anaranjados.

Normalmente aquello habría resultado acogedor.

Aquella noche no.

Aquella noche el silencio parecía demasiado grande.

Demasiado pesado.

A las diez y media recibió finalmente una notificación.

Un mensaje.

Su corazón se aceleró.

Abrió el teléfono.

Pero no era Emily.

Era una actualización automática de una aplicación.

Nada importante.

Sarah dejó escapar una exhalación frustrada.

Miró nuevamente la pantalla.

Sin mensajes.

Sin llamadas.

Sin noticias.

Nada.

Se levantó y comenzó a caminar por la sala.

Algo estaba mal.

Podía sentirlo.

No era una conclusión lógica.

Era algo más profundo.

Una certeza.

Emily jamás la dejaría sola aquel día.

Jamás.

Especialmente en aquella fecha.

Porque Emily conocía mejor que nadie lo que significaba para ella.

Había estado presente durante los peores momentos.

Durante las noches sin dormir.

Durante los ataques de ansiedad.

Durante las interminables sesiones de terapia.

Emily conocía toda la historia.

Y precisamente por eso jamás desaparecería sin avisar.

Sarah volvió a mirar el reloj.

Las once.

La preocupación comenzaba a transformarse en miedo.

Intentó pensar racionalmente.

Quizás Emily había tenido un problema mecánico.

Quizás su teléfono se había quedado sin batería.

Quizás había ocurrido algún imprevisto.

Sin embargo, ninguna explicación terminaba de convencerla.

A medianoche, Sarah tomó una decisión.

A la mañana siguiente comenzaría a buscar respuestas.

No importaba si todos pensaban que estaba exagerando.

Necesitaba saber qué había ocurrido.

Porque algo en su interior le decía que aquella ausencia no era casual.

Y Sarah había aprendido, gracias a años de investigación periodística, que ignorar los instintos solía ser un error.

Apagó algunas luces.

Se dirigió al dormitorio.

Pero dormir resultó imposible.

Cada sonido del bosque parecía amplificarse en la oscuridad.

El viento.

Las ramas.

La lluvia.

Todo contribuía a aumentar su inquietud.

Pasó horas observando el techo.

Pensando.

Recordando.

Esperando escuchar el motor del automóvil de Emily acercándose a la cabaña.

Pero el sonido nunca llegó.

Finalmente, cerca del amanecer, Sarah se levantó y caminó hasta la ventana.

La lluvia había cesado.

Una tenue luz gris comenzaba a iluminar el bosque.

Los árboles permanecían inmóviles.

Silenciosos.

La montaña parecía contener la respiración.

Sarah sostuvo la taza de café caliente entre sus manos.

Observó el camino vacío.

Y por primera vez admitió algo que había intentado negar durante toda la noche.

Emily no simplemente se había retrasado.

Algo había sucedido.

Algo serio.

Algo que nadie más parecía ver todavía.

Pero ella sí.

Y estaba decidida a descubrir la verdad.

Aunque eso significara regresar a lugares oscuros de su pasado.

Aunque significara enfrentarse nuevamente al miedo.

Porque Emily Carter era más que una amiga.

Era familia.

Y Sarah jamás abandonaba a su familia.

Mientras el sol comenzaba a elevarse detrás de las montañas, una sensación desconocida se instaló en su interior.

No era esperanza.

No era tranquilidad.

Era la certeza de que su vida estaba a punto de cambiar otra vez.

Todavía no sabía cómo.

Todavía no conocía los secretos ocultos entre aquellos bosques.

Todavía no imaginaba los peligros que la esperaban.

Pero el camino ya había comenzado.

Y en algún lugar, lejos de aquella cabaña silenciosa, Emily Carter estaba esperando.

Quizás asustada.

Quizás sola.

Quizás en grave peligro.

Sarah observó una última vez el bosque.

Luego dejó la taza sobre la mesa.

Tomó su chaqueta.

Y se preparó para iniciar la búsqueda.

La búsqueda que la conduciría hacia una verdad que nadie quería que fuera descubierta.

Capítulo 2: La llamada que nunca llegó

El amanecer llegó cubierto por una niebla espesa que descendía lentamente desde las montañas. Desde la ventana de la cabaña, Sarah Jenkins observó cómo los primeros rayos de luz luchaban por atravesar el manto gris que envolvía el bosque.

Había dormido menos de dos horas.

La preocupación por Emily no le había permitido descansar.

Durante toda la noche había esperado escuchar el sonido de un automóvil acercándose por el camino de tierra, una llamada telefónica o incluso un simple mensaje que explicara el retraso. Pero nada ocurrió.

Solo silencio.

Un silencio que ahora le parecía mucho más inquietante que la propia oscuridad.

Sarah tomó una libreta de notas de su mochila y escribió una lista rápida.

Emily no llegó.

No responde llamadas.

No responde mensajes.

No informó cambios de planes.

No es algo propio de ella.

Observó aquellas palabras durante unos segundos.

Como periodista de investigación, había aprendido a separar los hechos de las emociones.

Y los hechos eran claros.

Algo estaba mal.

Terminó su café, tomó las llaves del automóvil y salió de la cabaña.

La señal telefónica regresó parcialmente cuando descendió varios kilómetros por la carretera de montaña.

Inmediatamente llamó a Emily.

Una vez más.

El mismo resultado.

Buzón de voz.

Sarah cerró los ojos durante unos segundos.

Después marcó otro número.

Era el de la madre de Emily.

La llamada fue respondida después del tercer tono.

—¿Sarah?

—Buenos días, señora Carter.

—¿Ha aparecido Emily?

Aquella respuesta sorprendió a Sarah.

—¿Qué quiere decir?

Hubo un breve silencio.

—No responde nuestras llamadas desde hace dos días.

Sarah sintió un nudo en el estómago.

—¿Dos días?

—Sí. Pensamos que estaba ocupada trabajando. Ya sabes cómo es cuando encuentra una nueva investigación.

Sarah conocía perfectamente esa faceta de Emily.

Cuando comenzaba a investigar algún misterio histórico, podía pasar horas leyendo archivos, entrevistando personas y revisando documentos antiguos.

Pero jamás desaparecía sin avisar.

Jamás.

—¿Les comentó algo sobre un viaje?

—No exactamente —respondió la señora Carter—. Solo dijo que estaba investigando algo relacionado con un antiguo pueblo abandonado cerca del Monte Rainier.

Sarah tomó nota de inmediato.

—¿Mencionó algún nombre?

—No lo recuerdo.

—¿Parecía preocupada?

La mujer guardó silencio unos segundos.

—Ahora que lo preguntas... sí.

Sarah permaneció atenta.

—¿Por qué?

—Durante la última semana parecía distraída. Como si estuviera pensando constantemente en algo.

—¿Le dijo qué era?

—No.

Sarah escribió cada detalle.

La conversación continuó varios minutos más, pero no surgió ninguna información importante.

Cuando terminó la llamada, una sensación incómoda comenzó a crecer dentro de ella.

Emily llevaba dos días desaparecida.

Dos días.

Y nadie parecía considerarlo preocupante.

Sarah volvió a arrancar el automóvil.

Su siguiente destino era la pequeña oficina del sheriff local.

La estación se encontraba en un pueblo tranquilo situado al pie de las montañas.

Cuando llegó, el lugar parecía tan silencioso como el bosque.

Entró en el edificio.

Un oficial de recepción levantó la vista.

—¿Puedo ayudarla?

—Necesito hablar con el sheriff Foster.

El hombre señaló una oficina al fondo.

Sarah caminó hasta allí.

La puerta estaba abierta.

Detrás del escritorio se encontraba Michael Foster, un hombre de aproximadamente cincuenta años con expresión cansada y cabello entrecano.

Levantó la vista cuando Sarah entró.

—¿Señorita Jenkins?

—Sí.

—La madre de Emily Carter llamó esta mañana.

Sarah tomó asiento.

—Entonces ya sabe por qué estoy aquí.

—Supongo que sí.

La respuesta fue demasiado tranquila.

Demasiado indiferente.

Sarah cruzó los brazos.

—Mi amiga desapareció.

—No exactamente.

—¿Cómo que no exactamente?

—Es adulta.

Sarah sintió cómo aumentaba su frustración.

—No responde llamadas.

—Puede estar ocupada.

—No se presentó a una reunión importante.

—Quizás cambió sus planes.

—No avisó a nadie.

El sheriff se acomodó en la silla.

—Sucede más veces de las que imagina.

Sarah lo observó fijamente.

Aquella actitud le resultaba insoportable.

—¿Ha iniciado una investigación?

—No hay evidencia de un delito.

La respuesta fue como un golpe.

—¿Ni siquiera intentará localizarla?

—Señorita Jenkins, muchas personas desaparecen durante unos días. Luego regresan.

Sarah apretó los puños.

—Usted no conoce a Emily.

—Y usted está preocupada. Lo entiendo.

—No, no lo entiende.

El sheriff suspiró.

—Si aparecen pruebas concretas, actuaremos.

Sarah se puso de pie.

—Entonces esperarán hasta que sea demasiado tarde.

El hombre no respondió.

Aquello fue suficiente.

Sarah abandonó la oficina sintiendo una mezcla de ira e impotencia.

Mientras caminaba hacia el estacionamiento, recordó algo que había aprendido durante años de periodismo.

A veces las autoridades hacían todo correctamente.

Otras veces simplemente no querían complicarse la vida.

Y cuando eso ocurría, la verdad dependía de otras personas.

Personas dispuestas a seguir buscando.

Personas como ella.

Durante las siguientes horas, Sarah comenzó su propia investigación.

Regresó temporalmente a una cafetería del pueblo donde había conexión a internet.

Abrió su computadora portátil.

Lo primero que revisó fue el blog de Emily.

Miles de lectores seguían sus investigaciones históricas.

La mayoría trataban sobre edificios abandonados, desapariciones antiguas y leyendas locales.

Pero las publicaciones recientes llamaron inmediatamente su atención.

Durante el último mes, Emily había escrito varias entradas relacionadas con un lugar llamado **Black Creek**.

Sarah nunca había escuchado ese nombre.

Abrió el primer artículo.

Black Creek había sido una pequeña comunidad minera fundada décadas atrás.

Según los registros oficiales, el pueblo había quedado abandonado después de una crisis económica.

Fin de la historia.

Pero Emily parecía pensar otra cosa.

Sarah continuó leyendo.

En varios artículos aparecían preguntas que Emily aún no había logrado responder.

¿Por qué desaparecieron ciertos documentos históricos?

¿Por qué algunos registros municipales fueron destruidos?

¿Por qué varios habitantes abandonaron el lugar durante la misma semana?

Sarah sintió curiosidad.

Abrió otro artículo.

Y luego otro.

A medida que avanzaba, comenzó a comprender por qué Emily estaba tan interesada.

Había demasiadas inconsistencias.

Demasiados vacíos.

Demasiadas preguntas sin respuesta.

Algo no encajaba.

De repente apareció una publicación incompleta.

La última que Emily había intentado escribir.

No estaba terminada.

Solo contenía algunas notas.

Sarah leyó cada línea lentamente.

Y entonces encontró una frase que hizo que se le acelerara el corazón.

"Creo que alguien ha intentado ocultar lo que realmente ocurrió en Black Creek."

Sarah permaneció inmóvil.

Volvió a leer la frase.

Luego otra vez.

Aquello no parecía una teoría cualquiera.

Parecía una advertencia.

Continuó examinando las notas.

La siguiente línea estaba incompleta.

"Si logro confirmar la información obtenida del archivo..."

La frase terminaba abruptamente.

Nada más.

Sarah observó la pantalla.

Emily había dejado aquel texto pocas horas antes de desaparecer.

No podía ser una coincidencia.

Simplemente no podía.

La tarde comenzaba a caer cuando Sarah recibió una llamada inesperada.

Era Rebecca Collins.

Su antigua mentora en el mundo del periodismo.

—Sarah.

—Rebecca.

—La madre de Emily me llamó.

Sarah se sorprendió.

—¿También estás preocupada?

—Mucho.

Aquella respuesta le dio algo de alivio.

Al menos alguien más comprendía la gravedad de la situación.

—He estado revisando sus publicaciones.

—Yo también.

—¿Viste lo de Black Creek?

—Sí.

Rebecca guardó silencio unos segundos.

—Sarah, necesito preguntarte algo.

—Adelante.

—¿Crees que Emily descubrió algo importante?

Sarah miró por la ventana.

Las montañas comenzaban a oscurecerse bajo las sombras del atardecer.

—Sí.

—Yo también.

Aquella respuesta confirmó lo que ya sospechaba.

No estaba imaginando cosas.

No estaba exagerando.

Algo estaba ocurriendo.

Y Emily se encontraba en el centro de todo.

Esa noche, Sarah regresó a la cabaña.

El bosque estaba silencioso.

Demasiado silencioso.

Mientras preparaba una cena sencilla, repasó mentalmente toda la información obtenida.

Emily desaparecida.

Autoridades indiferentes.

Investigación sobre Black Creek.

Documentos ocultos.

Una publicación incompleta.

Era un rompecabezas.

Y apenas tenía algunas piezas.

Sin embargo, algo seguía molestándola.

Había una pregunta que no lograba responder.

¿Por qué Emily no la llamó?

Si realmente estaba en peligro...

Si realmente había descubierto algo importante...

¿Por qué no la llamó directamente?

Sarah observó su teléfono.

La pantalla permanecía oscura.

Sin mensajes.

Sin llamadas.

Nada.

Entonces recordó algo.

Emily le había dicho una vez:

—Si alguna vez dejo de comunicarme sin explicación, significa que algo realmente malo está pasando.

En aquel momento ambas habían reído.

Parecía una broma.

Ahora ya no lo parecía.

Sarah sintió un escalofrío.

Porque la llamada que debía haber llegado nunca llegó.

Y cuanto más tiempo pasaba, más evidente resultaba una terrible posibilidad.

Quizás Emily había intentado pedir ayuda.

Quizás había intentado comunicarse.

Quizás había intentado advertir a alguien.

Pero por alguna razón nunca tuvo la oportunidad.

Sarah cerró lentamente la libreta de notas.

Miró hacia la oscuridad que se extendía más allá de las ventanas de la cabaña.

En algún lugar de aquellas montañas se encontraba la respuesta.

Y también Emily.

Podía sentirlo.

La búsqueda apenas había comenzado.

Pero una cosa era segura.

No abandonaría aquella montaña hasta descubrir la verdad.

Porque ahora ya no se trataba únicamente de encontrar a una amiga.

Se trataba de descubrir qué había ocurrido antes de que la llamada más importante de todas se perdiera para siempre.

Capítulo 3: El automóvil entre los árboles

El tercer día desde la desaparición de Emily Carter comenzó con un cielo cubierto de nubes bajas y un viento frío que recorría las montañas como un susurro constante. Sarah Jenkins había pasado gran parte de la noche revisando notas, mapas y capturas de pantalla de las publicaciones más recientes del blog de su amiga.

Cuanto más analizaba la información, más convencida estaba de que Emily no había desaparecido voluntariamente.

Había algo que no encajaba.

Algo importante.

Sentada frente a la mesa de madera de la cabaña, Sarah observó nuevamente el mapa desplegado frente a ella. Había marcado varios lugares relacionados con las investigaciones de Emily sobre Black Creek, el antiguo pueblo abandonado que parecía haberse convertido en una obsesión durante las últimas semanas.

Uno de los puntos llamó especialmente su atención.

Un viejo sendero forestal situado al noreste del Monte Rainier.

Emily lo había mencionado varias veces en sus notas.

Incluso había anotado unas coordenadas junto a él.

Sarah tomó un bolígrafo y rodeó el lugar con un círculo.

—Si yo estuviera investigando esto, comenzaría allí —murmuró.

La decisión estaba tomada.

Preparó una mochila con agua, comida, una linterna, una libreta y una cámara fotográfica.

Luego salió de la cabaña.

La mañana era fría.

El bosque parecía tranquilo.

Pero Sarah sentía una extraña tensión en el ambiente.

Como si la montaña estuviera escondiendo algo.

Dos horas más tarde, conducía por una carretera secundaria rodeada de árboles gigantescos.

La cobertura telefónica desaparecía y regresaba de forma intermitente.

Cada vez había menos señales de civilización.

Menos vehículos.

Menos personas.

Finalmente encontró el acceso al sendero señalado en el mapa.

Era poco más que un camino de tierra estrecho y descuidado.

La vegetación había comenzado a invadir parte de la entrada.

Sarah estacionó unos minutos para observar el lugar.

No parecía un camino muy transitado.

Precisamente por eso llamó su atención.

Emily siempre se sentía atraída por lugares olvidados.

Por historias que otros ignoraban.

Por rincones que parecían haber desaparecido del mundo.

Sarah volvió al automóvil y avanzó lentamente por el sendero.

Las ramas rozaban los costados del vehículo.

La vegetación se volvía cada vez más espesa.

A ambos lados del camino se levantaban enormes pinos que ocultaban gran parte de la luz solar.

El ambiente parecía más oscuro de lo que debería ser a aquella hora.

Después de varios kilómetros, el sendero se dividió en dos direcciones.

Sarah detuvo el vehículo.

Consultó el mapa.

Según las notas de Emily, debía continuar hacia la derecha.

Lo hizo.

A medida que avanzaba, comenzaron a aparecer señales extrañas.

Marcas de neumáticos recientes.

Pequeños restos de barro desplazado.

Una huella parcialmente visible cerca del borde del camino.

Sarah estacionó nuevamente.

Bajó del automóvil.

Observó con atención.

Aquellas marcas no parecían antiguas.

Alguien había pasado por allí hacía poco tiempo.

Quizás días.

Quizás horas.

Su corazón comenzó a acelerarse.

Tomó varias fotografías.

Después regresó al automóvil.

Continuó avanzando.

Diez minutos más tarde vio algo entre los árboles.

Una forma oscura.

Metálica.

Parcialmente oculta por la vegetación.

Sarah frenó inmediatamente.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Observando.

Intentando convencerse de que no era lo que imaginaba.

Pero en el fondo ya lo sabía.

Abrió la puerta.

Descendió lentamente.

Y caminó hacia aquella figura.

Con cada paso sentía cómo aumentaba la tensión en su pecho.

Las ramas crujían bajo sus botas.

El viento agitaba las copas de los árboles.

El silencio parecía observarla.

Entonces llegó hasta el vehículo.

Su respiración se detuvo por un instante.

Era el automóvil de Emily.

No tenía ninguna duda.

Lo había visto muchas veces.

La matrícula coincidía.

El color coincidía.

Todo coincidía.

—Emily...

La palabra escapó de sus labios casi sin darse cuenta.

El automóvil estaba abandonado.

Solo.

Oculto entre los árboles.

Como si alguien hubiera intentado esconderlo.

Sarah se acercó rápidamente.

Las puertas estaban cerradas.

Las ventanas intactas.

No parecía haber señales visibles de accidente.

Aquello resultaba aún más preocupante.

Porque significaba que Emily probablemente había llegado hasta allí por sus propios medios.

Pero luego había desaparecido.

Sarah rodeó el vehículo varias veces.

Observó cuidadosamente cada detalle.

Había barro en los neumáticos.

Ramas rotas cerca de la parte trasera.

Y algo más.

La puerta del conductor estaba ligeramente mal cerrada.

Apenas unos milímetros.

Lo suficiente para que alguien atento pudiera notarlo.

Sarah intentó abrirla.

Esta vez la puerta cedió.

El interior apareció ante ella.

Vacío.

Silencioso.

Abandonado.

Una sensación desagradable recorrió su espalda.

Emily había estado allí.

Podía sentirlo.

El asiento estaba ajustado exactamente a su altura.

Había una botella de agua a medio terminar.

Un cuaderno.

Un bolígrafo.

Un mapa doblado.

Todo parecía detenido en el tiempo.

Como si la dueña del automóvil hubiera salido por unos minutos.

Y jamás hubiera regresado.

Sarah comenzó a examinar cuidadosamente el interior.

Sabía que debía hacerlo con cuidado.

No quería alterar posibles pruebas.

Tomó fotografías de todo.

Asientos.

Tablero.

Objetos personales.

Compartimentos.

Luego abrió el cuaderno.

Las últimas páginas contenían anotaciones apresuradas.

Nombres.

Fechas.

Ubicaciones.

Referencias a Black Creek.

Pero una frase resaltaba entre todas las demás.

"Alguien me sigue."

Sarah sintió un escalofrío.

Leyó la frase nuevamente.

No había contexto adicional.

Solo aquellas palabras.

Sencillas.

Directas.

Inquietantes.

Continuó revisando.

Nada más parecía fuera de lugar.

Hasta que observó algo extraño bajo el asiento del pasajero.

Un pequeño objeto negro.

Parcialmente oculto.

Sarah se agachó.

Extendió la mano.

Y lo sacó lentamente.

Era una grabadora digital.

Pequeña.

Compacta.

Parecía haber sido escondida deliberadamente.

Su corazón comenzó a latir más rápido.

Presionó el botón de encendido.

La pantalla se iluminó.

Todavía tenía batería.

Había varios archivos almacenados.

Sarah tragó saliva.

Seleccionó el más reciente.

Y presionó reproducir.

Durante unos segundos solo escuchó ruido.

Viento.

Pasos.

Respiración acelerada.

Después apareció una voz.

La voz de Emily.

Temblorosa.

Asustada.

Muy diferente a la voz tranquila que Sarah conocía.

—Si alguien encuentra esto...

La grabación se interrumpió brevemente.

Luego continuó.

—Necesito que escuchen con atención.

Sarah sintió cómo se tensaban todos los músculos de su cuerpo.

La voz de Emily volvió a sonar.

—Ellos saben lo que encontré.

Un escalofrío recorrió su espalda.

La respiración de Emily era rápida.

Nerviosa.

Como si estuviera corriendo.

Como si tuviera miedo.

—No sé cuánto tiempo tengo.

Se escuchó un ruido distante.

Después silencio.

Luego la voz regresó.

Más baja.

Más urgente.

—Sarah...

El corazón de Sarah pareció detenerse.

Escuchar su nombre en aquellas circunstancias resultó devastador.

—Si estás escuchando esto...

Otro ruido.

Más cercano.

Emily parecía contener la respiración.

Y entonces llegaron las palabras que cambiarían todo.

—No vengas a buscarme.

Sarah cerró los ojos.

Pero la grabación aún no había terminado.

La última frase llegó acompañada por un miedo tan evidente que atravesó cada fibra de su cuerpo.

—Corre.

Luego silencio.

Nada más.

La grabación terminó.

Sarah permaneció inmóvil.

Sosteniendo la grabadora entre las manos.

Sin poder apartar la mirada de la pantalla.

Aquella no era una desaparición voluntaria.

No era una simple ausencia.

No era una investigación que se había salido de control.

Emily estaba aterrorizada.

Y había dejado aquel mensaje específicamente para ella.

Porque sabía que Sarah intentaría encontrarla.

Porque sabía que no se rendiría.

Porque sabía exactamente cómo pensaba.

Sarah sintió una mezcla de emociones.

Miedo.

Tristeza.

Confusión.

Determinación.

Todo al mismo tiempo.

Miró nuevamente el bosque.

Por primera vez desde que comenzó la búsqueda comprendió la magnitud real del peligro.

Emily había descubierto algo.

Algo tan importante que había provocado miedo.

Algo tan grave que alguien estaba dispuesto a perseguirla.

Y quizás a hacerla desaparecer.

Sarah observó los árboles que rodeaban el lugar.

Parecían interminables.

Oscuros.

Silenciosos.

Como si ocultaran secretos antiguos.

Y quizás lo hacían.

Porque en algún punto de aquel inmenso bosque se encontraba la verdad.

La verdad sobre Black Creek.

La verdad sobre la desaparición de Emily.

Y posiblemente la verdad sobre las personas que estaban dispuestas a todo para mantener ciertos secretos enterrados.

Sarah guardó cuidadosamente la grabadora.

Tomó una última fotografía del automóvil.

Luego observó el sendero que se adentraba aún más en la montaña.

Emily había dejado una advertencia.

Una advertencia clara.

Una advertencia sincera.

Pero Sarah ya había tomado una decisión.

No iba a huir.

No iba a correr.

No iba a abandonar a su amiga.

Porque cuanto más intentaban ocultar la verdad, más convencida estaba de que debía encontrarla.

Y aquella grabación acababa de confirmar algo fundamental.

Emily no estaba perdida.

Emily estaba en peligro.

Y el tiempo para encontrarla comenzaba a agotarse.

Capítulo 4: "Corre"

La palabra seguía resonando en la mente de Sarah.

Corre.

Una sola palabra.

Una advertencia.

Una súplica.

Quizás ambas cosas al mismo tiempo.

Sentada dentro del automóvil abandonado de Emily, Sarah volvió a reproducir la grabación.

La voz temblorosa de su amiga llenó nuevamente el silencio del bosque.

—Ellos saben lo que encontré...

Sarah cerró los ojos.

La escuchó otra vez.

Y otra.

Y otra más.

Cada reproducción revelaba pequeños detalles que habían pasado desapercibidos durante la primera escucha.

La respiración acelerada.

Los sonidos del fondo.

Las pausas.

El miedo.

Era evidente que Emily estaba siendo perseguida.

Pero había algo más.

Algo que Sarah no lograba identificar.

Tomó unos auriculares profesionales de su mochila y conectó la grabadora.

Subió el volumen cuidadosamente.

Reprodujo el archivo una vez más.

Esta vez se concentró únicamente en los sonidos del fondo.

Durante varios segundos solo escuchó viento.

Pasos.

Ramas rompiéndose.

Después apareció algo diferente.

Un sonido metálico.

Leve.

Distante.

Sarah volvió a escucharlo.

Y luego otra vez.

Parecía una campana.

No.

Una cadena.

O quizás una estructura metálica movida por el viento.

Anotó la observación en su libreta.

Podía ser importante.

En una investigación, incluso los detalles más pequeños podían conducir a respuestas inesperadas.

Guardó la grabadora en una bolsa protectora y continuó examinando el automóvil.

Emily jamás dejaba las cosas al azar.

Si había ocultado aquella grabación bajo el asiento, probablemente había dejado otras pistas.

Sarah revisó cada compartimento.

Cada bolsillo.

Cada espacio.

Durante casi una hora no encontró nada nuevo.

Hasta que observó algo extraño en el respaldo del asiento del conductor.

Un pequeño corte en la tela.

Demasiado limpio para ser accidental.

Sarah acercó la mano.

Introdujo dos dedos cuidadosamente.

Sintió algo dentro.

Un sobre.

Pequeño.

Doblado varias veces.

Lo extrajo lentamente.

Su corazón comenzó a acelerarse.

En la parte frontal había una única palabra escrita con la letra de Emily.

Sarah.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Luego abrió el sobre.

Dentro había una hoja doblada.

Y una fotografía antigua.

Sarah observó primero la fotografía.

Mostraba una calle principal de un pequeño pueblo.

Varias personas aparecían frente a edificios de madera.

En la esquina inferior podía leerse una fecha.

1987.

Y un nombre.

Black Creek.

Sarah giró la fotografía.

Al reverso había una anotación escrita por Emily.

"Mira a la tercera persona desde la izquierda."

Sarah observó nuevamente la imagen.

Contó cuidadosamente.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuando llegó a la tercera figura sintió un escalofrío.

Porque aquella persona había sido marcada con un círculo rojo.

Y debajo aparecía una pregunta.

"¿Por qué desapareció de todos los registros?"

Sarah frunció el ceño.

No entendía completamente lo que significaba.

Pero estaba claro que Emily había descubierto algo relacionado con aquella persona.

Guardó la fotografía y desplegó la hoja.

Era una lista de nombres.

Más de veinte.

Junto a cada nombre aparecían fechas.

Algunos estaban marcados con una cruz.

Otros con signos de interrogación.

Y varios estaban rodeados por círculos.

En la parte inferior de la página había una nota escrita apresuradamente.

"Todos estuvieron en Black Creek durante el mismo año."

Sarah sintió que estaba observando una pieza importante del rompecabezas.

Pero todavía no comprendía cómo encajaba.

Tomó fotografías de todo.

Luego guardó cuidadosamente los documentos.

Mientras lo hacía, algo llamó su atención.

Un movimiento.

Rápido.

Entre los árboles.

Sarah se quedó inmóvil.

Miró hacia el bosque.

Nada.

Solo sombras.

Ramas.

Vegetación.

Pero estaba segura de haber visto algo.

O a alguien.

Esperó varios segundos.

El viento agitó las hojas.

Nada más.

Aun así, la sensación de estar siendo observada regresó inmediatamente.

Aquella misma sensación que había experimentado años atrás.

Antes del ataque.

Su respiración se aceleró.

No.

No podía permitir que el miedo controlara sus decisiones.

Había aprendido demasiado durante aquellos años.

Respiró profundamente.

Contó hasta cinco.

Y recuperó la calma.

Cuando volvió a mirar hacia el bosque, todo parecía normal.

Sin embargo, la inquietud permaneció.

Decidió abandonar el lugar.

Por ahora.

Tenía suficiente información para continuar investigando.

Y prefería analizar las pistas en un entorno más seguro.

El trayecto de regreso a la cabaña fue silencioso.

Sarah no encendió la radio.

No escuchó música.

Solo pensó.

La grabación.

La fotografía.

La lista de nombres.

Todo parecía conectado.

Pero aún faltaban demasiadas piezas.

Al llegar, extendió los documentos sobre la mesa principal.

Encendió una lámpara.

Tomó su computadora portátil.

Y comenzó a investigar.

La lista de nombres produjo los primeros resultados sorprendentes.

Varias personas habían vivido en Black Creek durante la década de los ochenta.

Eso no era extraño.

Lo extraño era otra cosa.

Muchos de ellos parecían haber desaparecido de los registros públicos.

No habían fallecido.

No se habían mudado oficialmente.

Simplemente dejaban de aparecer.

Como si nunca hubieran existido.

Sarah revisó bases de datos.

Archivos digitales.

Periódicos antiguos.

Los patrones comenzaron a repetirse.

Demasiadas coincidencias.

Demasiadas ausencias.

Demasiadas preguntas sin respuesta.

Mientras avanzaba en la investigación, recordó algo que Emily le había dicho años atrás.

—La historia siempre deja huellas.

—¿Y si alguien intenta borrarlas?

Emily había sonreído.

—Entonces las huellas se vuelven aún más interesantes.

Sarah observó la fotografía nuevamente.

Quizás aquello era exactamente lo que estaba ocurriendo.

Alguien había intentado borrar parte de la historia.

Y Emily lo había descubierto.

Horas más tarde, cuando la noche ya había cubierto completamente la montaña, Sarah recibió una llamada.

Era Rebecca Collins.

—¿Encontraste algo?

—Sí.

—Por tu voz diría que algo importante.

Sarah le explicó todo.

La grabación.

Los documentos.

La fotografía.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

Finalmente Rebecca habló.

—Sarah.

—¿Sí?

—Necesitas tener cuidado.

Aquellas palabras llamaron su atención.

—¿Por qué dices eso?

—Porque esto ya no parece una simple investigación histórica.

Sarah miró la grabadora que descansaba sobre la mesa.

—Lo sé.

—¿Crees que Emily estaba siendo seguida?

Sarah recordó el miedo en la voz de su amiga.

—Estoy segura.

Rebecca guardó silencio.

Luego habló nuevamente.

—Voy a intentar conseguir información sobre Black Creek desde aquí.

—Gracias.

—Y prométeme algo.

—¿Qué?

—No hagas nada imprudente.

Sarah sonrió levemente.

Era exactamente el tipo de advertencia que Rebecca siempre hacía.

—Lo intentaré.

Cuando la llamada terminó, la cabaña volvió a quedar en silencio.

Sarah observó la oscuridad más allá de las ventanas.

Las montañas parecían inmensas.

Antiguas.

Llenas de secretos.

Por primera vez comenzó a comprender la verdadera dimensión del problema.

Emily no había desaparecido por accidente.

Había descubierto algo.

Algo que alguien quería mantener oculto.

Y ahora Sarah estaba siguiendo exactamente el mismo camino.

La misma ruta.

Las mismas preguntas.

Los mismos secretos.

Quizás incluso los mismos peligros.

Tomó nuevamente la grabadora.

Reprodujo la última parte del mensaje.

—Sarah...

La voz de Emily sonó cargada de urgencia.

—No vengas a buscarme.

Luego llegó la última palabra.

La palabra que había dado un giro completo a toda la investigación.

La palabra que seguía resonando en su mente desde que la escuchó.

—Corre.

Sarah apagó la grabación.

Permaneció varios segundos en silencio.

Mirando la oscuridad.

Pensando.

Finalmente tomó una decisión.

No iba a correr.

No iba a abandonar la búsqueda.

No iba a dejar sola a su amiga.

Porque si Emily había arriesgado todo para descubrir la verdad, ella haría exactamente lo mismo.

Y en algún lugar, oculto entre los bosques, los archivos olvidados y las historias enterradas de Black Creek, se encontraba la respuesta.

La respuesta que explicaría por qué Emily desapareció.

Quién la estaba persiguiendo.

Y qué secreto era tan importante como para que alguien intentara silenciarlo.

La verdadera investigación acababa de comenzar.

Capítulo 5: El pueblo olvidado

La mañana llegó cubierta por una neblina espesa que envolvía las montañas como un velo silencioso. Sarah Jenkins apenas había dormido. Las imágenes de la fotografía encontrada en el automóvil de Emily y la grabación con aquella inquietante advertencia habían ocupado cada pensamiento durante la noche.

La palabra seguía resonando en su mente.

Corre.

Pero cuanto más pensaba en ella, más convencida estaba de que no podía hacerlo.

Emily había desaparecido.

Alguien la estaba persiguiendo.

Y todas las pistas parecían señalar el mismo lugar.

Black Creek.

El pueblo olvidado.

El pueblo que, según los registros oficiales, había sido abandonado décadas atrás.

El pueblo cuya historia parecía haber sido cuidadosamente borrada.

Sarah se encontraba sentada frente a la mesa de la cabaña cuando abrió nuevamente el mapa.

La ubicación de Black Creek aparecía apenas marcada.

Era extraño.

La mayoría de los mapas modernos ni siquiera mencionaban el lugar.

Como si nunca hubiera existido.

Aquello solo aumentaba sus sospechas.

Tomó una libreta y repasó todo lo que sabía hasta ese momento.

Emily había investigado Black Creek durante semanas.

Había encontrado documentos desaparecidos.

Había mencionado personas borradas de los registros.

Había dejado una advertencia.

Y luego desapareció.

No parecía una coincidencia.

Sarah cerró la libreta.

Había llegado el momento de visitar el lugar personalmente.

Dos horas después, conducía por una carretera secundaria que serpenteaba entre montañas cubiertas de pinos.

El cielo permanecía gris.

El viento agitaba las ramas de los árboles.

A medida que avanzaba, las señales de civilización comenzaban a desaparecer.

Menos casas.

Menos vehículos.

Menos personas.

Finalmente llegó a un camino estrecho señalado únicamente por un cartel oxidado.

Las letras estaban casi borradas por el tiempo.

Pero aún podían leerse.

Black Creek – 12 km

Sarah sintió un escalofrío.

Era la primera vez que veía el nombre fuera de las notas de Emily.

Apagó el motor durante unos segundos.

Observó el sendero.

Parecía abandonado desde hacía años.

La vegetación había invadido gran parte del camino.

Aun así, alguien había pasado recientemente.

Lo supo al observar las marcas frescas de neumáticos sobre el barro.

Alguien seguía visitando aquel lugar.

La pregunta era quién.

Y por qué.

Volvió a arrancar el automóvil.

El camino se volvió más difícil a medida que avanzaba.

Las ramas golpeaban los costados del vehículo.

La niebla reducía la visibilidad.

El ambiente se volvía cada vez más inquietante.

Después de varios kilómetros apareció una estructura de madera derrumbada.

Luego otra.

Y otra más.

Sarah disminuyó la velocidad.

Había llegado.

Black Creek.

El pueblo surgió lentamente entre la niebla.

Parecía detenido en el tiempo.

Las calles estaban vacías.

Las fachadas de los edificios mostraban décadas de abandono.

Las ventanas rotas observaban el paisaje como ojos vacíos.

Los letreros desgastados apenas conservaban algunas letras.

La naturaleza había comenzado a reclamar cada rincón.

Hierbas creciendo entre las grietas.

Raíces levantando antiguos caminos.

Musgo cubriendo paredes.

Sarah estacionó junto a lo que parecía haber sido la plaza principal.

Apagó el motor.

El silencio era absoluto.

Ni siquiera se escuchaban pájaros.

Aquella ausencia de sonidos resultaba inquietante.

Tomó su mochila.

La cámara.

La libreta.

Y comenzó a caminar.

Cada paso levantaba pequeñas nubes de polvo.

El viento atravesaba las calles vacías produciendo un sonido extraño.

Como un susurro lejano.

Sarah observó los edificios.

Una antigua tienda.

Una oficina postal.

Una pequeña escuela.

Todo parecía haber sido abandonado de manera apresurada.

Como si la gente hubiera desaparecido de un día para otro.

Aquella sensación aumentó cuando encontró varios objetos aún dentro de algunos edificios.

Mesas.

Sillas.

Libros.

Herramientas.

Cosas que normalmente las personas se llevarían consigo al mudarse.

Pero allí seguían.

Olvidadas.

Esperando.

Sarah tomó fotografías de todo.

Cada detalle podía resultar importante.

Mientras avanzaba por una calle lateral, encontró algo que llamó inmediatamente su atención.

Un mural parcialmente destruido.

La pintura estaba desgastada.

Sin embargo, todavía podían distinguirse varias personas sonriendo frente a un edificio.

Debajo aparecía una frase.

"Comunidad. Trabajo. Futuro."

Sarah observó aquellas palabras durante varios segundos.

Resultaban extrañas.

Especialmente considerando el estado actual del pueblo.

¿Qué había ocurrido para transformar un lugar lleno de esperanza en una ciudad fantasma?

Continuó caminando.

Después de unos minutos llegó frente al antiguo ayuntamiento.

El edificio era más grande que los demás.

Aunque estaba deteriorado, todavía permanecía en pie.

La puerta principal estaba entreabierta.

Sarah dudó por un instante.

Luego decidió entrar.

El interior estaba cubierto de polvo.

La luz penetraba a través de ventanas rotas.

Las sombras llenaban cada rincón.

Sarah avanzó lentamente.

Observando.

Escuchando.

Todo parecía vacío.

Sin embargo, algo llamó su atención.

En una pared había marcas rectangulares más claras que el resto.

Como si durante años hubieran colgado allí cuadros o documentos.

Pero ahora no había nada.

Solo espacios vacíos.

Sarah fotografió la pared.

Luego continuó explorando.

Llegó hasta una pequeña sala de archivos.

O al menos eso parecía.

Las estanterías seguían allí.

Pero estaban casi vacías.

Demasiado vacías.

Aquello resultaba extraño.

Incluso en pueblos abandonados suelen permanecer documentos olvidados.

Pero allí no.

Alguien había retirado prácticamente todo.

Deliberadamente.

La conclusión parecía evidente.

Alguien había querido borrar la historia de Black Creek.

La pregunta era por qué.

Mientras examinaba una de las estanterías encontró algo inesperado.

Una carpeta atrapada detrás de un mueble caído.

Estaba cubierta de polvo.

Y parecía haber pasado desapercibida durante años.

Sarah la abrió cuidadosamente.

En el interior encontró varios documentos dañados por la humedad.

La mayoría resultaban ilegibles.

Pero uno de ellos conservaba suficiente información.

Era una lista de residentes.

Decenas de nombres.

Fechas.

Direcciones.

Sarah comenzó a compararlos con los nombres encontrados entre las notas de Emily.

Su corazón comenzó a acelerarse.

Coincidían.

Muchos coincidían.

Exactamente los mismos nombres.

Las mismas personas que parecían haber desaparecido de los registros modernos.

Aquello ya no podía considerarse una coincidencia.

Emily había encontrado algo importante.

Algo muy importante.

Sarah tomó fotografías de cada página.

Luego guardó cuidadosamente la carpeta.

Quizás contenía respuestas.

O quizás generaría nuevas preguntas.

En cualquier caso, no pensaba dejarla allí.

Cuando salió nuevamente al exterior, la niebla había comenzado a disiparse.

Y fue entonces cuando vio algo extraño.

Una figura.

Lejos.

Al final de la calle principal.

Sarah se detuvo inmediatamente.

La figura permaneció inmóvil durante apenas unos segundos.

Luego desapareció detrás de un edificio.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

¿Había sido una persona?

¿Una ilusión creada por la niebla?

No estaba segura.

Pero la sensación fue tan real que decidió acercarse.

Avanzó rápidamente.

Doblando la esquina.

Mirando alrededor.

Nada.

La calle estaba vacía.

Completamente vacía.

Sin embargo, encontró algo.

Huellas.

Recientes.

Muy recientes.

Marcadas sobre el barro.

Alguien había estado allí.

Alguien más.

Sarah observó el rastro.

Las huellas se dirigían hacia la parte norte del pueblo.

Y desaparecían entre los árboles.

Una vez más sintió aquella desagradable sensación de estar siendo observada.

Como si unos ojos invisibles siguieran cada movimiento.

Se obligó a mantener la calma.

Tomó varias fotografías.

Después decidió regresar al automóvil.

No quería arriesgarse innecesariamente.

Todavía no.

Aún tenía demasiadas preguntas sin respuesta.

La tarde comenzaba a caer cuando abandonó Black Creek.

Mientras conducía, repasó mentalmente todo lo descubierto.

El pueblo había sido prácticamente borrado de la historia.

Los archivos estaban vacíos.

Los registros habían desaparecido.

Y aun así alguien seguía visitando el lugar.

Alguien que no quería ser visto.

Aquello solo podía significar una cosa.

Black Creek seguía siendo importante para alguien.

Quizás para las mismas personas que Emily había estado investigando.

Quizás para quienes habían intentado silenciarla.

Quizás para quienes ahora observaban cada movimiento de Sarah.

El pensamiento resultó inquietante.

Pero también fortaleció su determinación.

Porque cuanto más intentaban ocultar la verdad, más evidente resultaba que aquella verdad debía salir a la luz.

Esa noche, de regreso en la cabaña, Sarah extendió sobre la mesa todas las fotografías tomadas durante el día.

Mapas.

Documentos.

Imágenes de edificios.

Listas de residentes.

La fotografía antigua encontrada en el automóvil de Emily.

Todo parecía formar parte de una misma historia.

Una historia que alguien había intentado enterrar.

Pero los secretos tienen una característica inevitable.

Por mucho tiempo que permanezcan ocultos, siempre dejan huellas.

Y Sarah acababa de encontrar varias.

Mientras observaba la imagen del antiguo pueblo, una certeza comenzó a crecer dentro de ella.

Black Creek no era simplemente un lugar abandonado.

Era el centro de todo.

El lugar donde comenzaban las respuestas.

Y probablemente también donde se encontraba el peligro.

Tomó la libreta.

Escribió una única frase.

“Emily encontró algo en Black Creek.”

Luego añadió otra.

“Y alguien está dispuesto a todo para mantenerlo oculto.”

Fuera de la cabaña, el viento comenzó a soplar con más fuerza.

Las sombras se alargaron entre los árboles.

La noche descendió sobre las montañas.

Y en algún lugar, oculto entre secretos olvidados y recuerdos borrados, la verdad esperaba ser descubierta.

Capítulo 6: Secretos bajo el polvo

La lluvia golpeaba suavemente el techo de la cabaña mientras Sarah Jenkins permanecía sentada frente a una mesa cubierta de documentos, fotografías y notas. Había pasado gran parte de la noche revisando una y otra vez todo lo que había encontrado en Black Creek.

Cada nueva pista parecía generar más preguntas.

Y cada pregunta conducía nuevamente al mismo lugar.

Black Creek.

El pueblo olvidado.

El pueblo que alguien había intentado borrar de la historia.

Sarah tomó la vieja carpeta encontrada en el antiguo ayuntamiento y observó las páginas amarillentas.

Muchas estaban dañadas.

Algunas resultaban ilegibles.

Pero otras todavía conservaban información valiosa.

Encendió una lámpara y comenzó a examinarlas cuidadosamente.

Afuera, el viento agitaba los árboles.

Dentro de la cabaña, el silencio parecía envolver cada rincón.

Fue entonces cuando encontró algo inesperado.

Una hoja doblada entre dos documentos.

No parecía pertenecer al resto del archivo.

Era más reciente.

Y estaba escrita a máquina.

Sarah la desplegó lentamente.

El encabezado decía:

Informe interno – No distribuir

Su corazón se aceleró.

Comenzó a leer.

El documento mencionaba una reunión celebrada en Black Creek décadas atrás.

Varias autoridades locales habían participado.

También aparecían nombres de empresarios y funcionarios regionales.

Pero lo más inquietante era una frase repetida varias veces.

"La situación debe permanecer confidencial."

Sarah frunció el ceño.

¿Confidencial por qué?

Continuó leyendo.

Las páginas siguientes estaban incompletas.

Algunas partes habían sido arrancadas.

Otras estaban cubiertas por manchas de humedad.

Sin embargo, todavía podían distinguirse ciertos fragmentos.

Y lo que Sarah descubrió hizo que se incorporara lentamente en la silla.

Según aquellos documentos, algo importante había ocurrido en Black Creek durante el verano de 1987.

Algo lo suficientemente grave como para provocar reuniones secretas.

Y lo suficientemente delicado como para justificar el ocultamiento de información.

Pero el informe no explicaba qué había sucedido exactamente.

Solo mencionaba consecuencias.

No causas.

Aquello parecía deliberado.

Como si alguien hubiera eliminado precisamente las partes más importantes.

Sarah tomó notas rápidamente.

Luego fotografió cada página.

Sabía que más adelante necesitaría analizarlas con calma.

Al día siguiente decidió ampliar la investigación.

Condujo hasta el pueblo más cercano donde todavía funcionaba una pequeña biblioteca histórica.

El edificio era antiguo.

Modesto.

Y casi siempre estaba vacío.

Precisamente por eso esperaba encontrar algo útil.

La bibliotecaria, una mujer llamada Grace Thompson, la recibió con una sonrisa amable.

—¿Puedo ayudarla?

Sarah mostró algunas fotografías de Black Creek.

La expresión de Grace cambió ligeramente.

Solo un instante.

Pero Sarah lo notó.

—Estoy investigando la historia del pueblo.

Grace permaneció en silencio durante unos segundos.

—No mucha gente pregunta por ese lugar.

—¿Por qué?

La mujer acomodó algunos libros antes de responder.

—Porque la mayoría prefiere olvidarlo.

Aquella respuesta llamó inmediatamente la atención de Sarah.

—¿Olvidarlo?

Grace asintió lentamente.

—Black Creek desapareció hace muchos años.

—Eso ya lo sé.

—No toda la historia aparece en los registros públicos.

Sarah observó a la bibliotecaria.

La mujer parecía estar evaluando cuánto debía decir.

Finalmente suspiró.

—Sígame.

La condujo hasta una sala pequeña situada en la parte trasera del edificio.

Allí había varias cajas llenas de documentos antiguos.

Periódicos.

Cartas.

Registros locales.

Material que nunca había sido digitalizado.

Grace señaló una de las cajas.

—Algunas personas intentaron conservar estos archivos antes de que desaparecieran.

Sarah sintió una mezcla de curiosidad y esperanza.

—¿Puedo revisarlos?

—Por supuesto.

Y así comenzó una de las jornadas más importantes de toda la investigación.

Durante horas, Sarah examinó documentos olvidados por el tiempo.

La mayoría parecían inofensivos.

Actas municipales.

Noticias locales.

Anuncios antiguos.

Pero poco a poco comenzaron a surgir patrones.

Detalles.

Inconsistencias.

Pequeñas piezas de un rompecabezas mucho más grande.

Encontró artículos periodísticos sobre Black Creek.

Muchos estaban incompletos.

Otros habían sido recortados.

Algunos parecían haber sido modificados.

Aquello era extraño.

Muy extraño.

Finalmente apareció una noticia fechada en agosto de 1987.

El titular decía:

"Incidente en Black Creek provoca evacuación parcial."

Sarah sintió un escalofrío.

Leyó rápidamente.

Sin embargo, el artículo terminaba abruptamente después de unos pocos párrafos.

La continuación había sido arrancada.

No era casualidad.

Alguien había eliminado esa información.

Continuó buscando.

Y encontró otro artículo.

Luego otro.

Y otro más.

Todos hablaban de eventos extraños ocurridos durante aquel mismo verano.

Reuniones de emergencia.

Restricciones de acceso.

Investigaciones suspendidas.

Personas trasladadas.

Pero ninguna noticia explicaba claramente qué había sucedido.

Era como leer una historia llena de páginas faltantes.

Mientras revisaba una caja especialmente deteriorada encontró un cuaderno.

Era pequeño.

De tapas negras.

Y parecía haber pertenecido a alguien del pueblo.

Las primeras páginas contenían anotaciones cotidianas.

Trabajo.

Clima.

Eventos locales.

Nada fuera de lo común.

Pero las últimas páginas eran diferentes.

Mucho más inquietantes.

La letra mostraba signos evidentes de nerviosismo.

Las frases eran cortas.

Apresuradas.

Sarah comenzó a leer.

"Dicen que debemos guardar silencio."

Pasó la página.

"Nadie quiere hablar de lo ocurrido."

Otra página.

"Algunas personas se fueron durante la noche."

La siguiente anotación hizo que Sarah contuviera la respiración.

"Si alguien encuentra esto algún día, debe saber que nos mintieron."

Sarah permaneció inmóvil.

Aquellas palabras parecían atravesar décadas de silencio.

Continuó leyendo.

Pero el resto del cuaderno había sido arrancado.

No quedaba nada más.

Solo aquellas frases.

Aquellas inquietantes advertencias.

Guardó cuidadosamente el cuaderno.

Cada vez estaba más convencida de que Emily había descubierto algo relacionado con aquellos acontecimientos.

Algo que alguien había intentado ocultar durante décadas.

Cuando salió de la biblioteca, el sol comenzaba a ponerse detrás de las montañas.

Sarah caminó lentamente hacia su automóvil.

Su mente trabajaba sin descanso.

Los documentos confirmaban varias cosas.

Primero.

Algo importante había ocurrido en Black Creek en 1987.

Segundo.

La información había sido ocultada deliberadamente.

Tercero.

Varias personas habían intentado dejar registros secretos.

Registros que nunca llegaron al conocimiento público.

Y cuarto.

Emily había estado siguiendo exactamente la misma pista.

Mientras conducía de regreso a la cabaña, recordó la fotografía encontrada en el automóvil de su amiga.

La persona marcada con un círculo rojo.

La anotación.

La desaparición de registros.

Todo comenzaba a encajar.

Aunque todavía faltaban piezas importantes.

Esa noche organizó toda la información sobre la mesa principal.

Creó una línea temporal.

Fechas.

Nombres.

Eventos.

Documentos.

Poco a poco comenzó a surgir una imagen más clara.

Black Creek había experimentado algún tipo de crisis en 1987.

Después llegaron las reuniones secretas.

Luego la desaparición gradual de documentos.

Finalmente el abandono del pueblo.

Todo parecía seguir una secuencia lógica.

Demasiado lógica.

Como si hubiera sido planificada cuidadosamente.

Sarah observó la pared donde había colocado varias fotografías.

Entonces notó algo.

Un detalle que había pasado por alto.

Uno de los nombres aparecía repetidamente en diferentes documentos.

En informes.

Artículos.

Listas.

Cartas.

Siempre el mismo nombre.

Jonathan Walker.

Sarah frunció el ceño.

Lo recordaba.

Era uno de los nombres mencionados en los antiguos registros municipales.

Y también aparecía en algunas notas de Emily.

Tomó la computadora portátil.

Comenzó a investigar.

Los resultados aparecieron rápidamente.

Jonathan Walker era actualmente uno de los empresarios más influyentes de la región.

Propietario de varias compañías.

Respetado públicamente.

Con amplias conexiones políticas y económicas.

Sarah observó la pantalla.

Aquello resultaba interesante.

Demasiado interesante.

Porque Jonathan Walker había estado relacionado con Black Creek durante los años previos al abandono del pueblo.

Y ahora aparecía nuevamente en la investigación de Emily.

La coincidencia era difícil de ignorar.

Pasada la medianoche, Sarah salió al porche de la cabaña.

Necesitaba despejar la mente.

El aire era frío.

Las estrellas apenas podían verse entre las nubes.

Observó la oscuridad del bosque.

Pensó en Emily.

En la advertencia.

En la grabación.

En todo lo que había descubierto.

Y por primera vez comprendió algo importante.

Emily no había desaparecido por investigar una simple historia histórica.

Había descubierto un secreto.

Un secreto protegido durante décadas.

Un secreto que seguía siendo importante incluso en el presente.

Quizás porque involucraba a personas poderosas.

Quizás porque las consecuencias todavía podían afectar a alguien.

O quizás porque la verdad resultaba demasiado peligrosa.

Sarah apoyó las manos sobre la barandilla.

La investigación ya había superado el punto de no retorno.

Cada nueva respuesta generaba riesgos mayores.

Pero también la acercaba a Emily.

Y eso era lo único que importaba.

Porque mientras existiera una posibilidad de encontrarla, no pensaba detenerse.

No importaba cuántos secretos estuvieran enterrados bajo el polvo del pasado.

No importaba cuántas personas quisieran mantenerlos ocultos.

La verdad siempre dejaba rastros.

Y Sarah estaba decidida a seguir cada uno de ellos.

En algún lugar entre los archivos olvidados, las páginas arrancadas y las historias silenciadas de Black Creek, se encontraba la clave para encontrar a Emily.

Y también la explicación de por qué alguien había dedicado tantos años a ocultar lo ocurrido.

La noche avanzó lentamente.

El viento volvió a recorrer los árboles.

Y en la oscuridad de las montañas, los secretos del pasado parecían despertar una vez más.

Capítulo 7: Los ojos que observan

El sonido de la lluvia despertó a Sarah antes del amanecer.

Abrió los ojos lentamente y permaneció inmóvil durante unos segundos, observando el techo de madera de la cabaña. Había dormido poco. Los documentos encontrados en la biblioteca, los registros ocultos de Black Creek y el nombre de Jonathan Walker seguían ocupando sus pensamientos.

Sin embargo, aquella mañana había algo más.

Una sensación difícil de explicar.

Una inquietud persistente.

Como si algo no estuviera bien.

Sarah se incorporó lentamente.

Miró hacia la ventana.

La niebla cubría los árboles.

Todo parecía normal.

Pero la sensación permanecía.

Se dirigió a la cocina, preparó café y volvió a revisar las notas de la investigación. Había creado una cronología detallada de los acontecimientos relacionados con Black Creek.

Incidente desconocido.

Reuniones confidenciales.

Desaparición de documentos.

Abandono progresivo del pueblo.

Décadas de silencio.

Y ahora Emily.

Sarah observó la fotografía marcada con el círculo rojo.

Luego la lista de nombres.

Finalmente la grabadora.

Cada pieza parecía conectada.

Pero todavía faltaba el centro del rompecabezas.

El motivo.

La razón por la que alguien había ocultado todo durante tantos años.

Mientras pensaba en ello, escuchó un ruido.

Un sonido breve.

Proveniente del exterior.

Sarah levantó la vista.

El sonido desapareció inmediatamente.

Pudo haber sido una rama.

O el viento.

Aun así, decidió acercarse a la ventana.

Observó cuidadosamente el bosque.

Nada.

Solo árboles moviéndose suavemente.

Volvió a sentarse.

Intentó concentrarse.

Pero apenas unos minutos después escuchó otro ruido.

Esta vez más claro.

Como el crujido de una rama bajo el peso de una persona.

Sarah permaneció inmóvil.

Su corazón comenzó a acelerarse.

Miró nuevamente hacia la ventana.

Nada.

El bosque seguía vacío.

Sin embargo, aquella incómoda sensación regresó.

La misma que había sentido días atrás en Black Creek.

La misma que había experimentado cerca del automóvil de Emily.

La sensación de estar siendo observada.

Durante años había aprendido a confiar en sus instintos.

El periodismo de investigación le había enseñado algo importante.

Muchas veces la mente detecta detalles antes de que la lógica consiga explicarlos.

Y ahora cada parte de su cuerpo le estaba enviando la misma advertencia.

No estaba sola.

Sarah respiró profundamente.

No quería actuar impulsivamente.

Tomó unos prismáticos que guardaba en la mochila y salió al porche.

El aire era frío.

La niebla comenzaba a disiparse lentamente.

Observó los árboles.

Las colinas.

El camino de acceso.

Todo parecía tranquilo.

Demasiado tranquilo.

Durante varios minutos no encontró nada extraño.

Finalmente decidió regresar al interior.

Pero justo antes de cerrar la puerta vio algo.

Un reflejo.

Breve.

Lejano.

Entre los árboles.

Como si la luz hubiera golpeado una superficie metálica.

Sarah volvió a levantar los prismáticos.

Buscó cuidadosamente.

Nada.

El reflejo había desaparecido.

Sin embargo, ahora estaba completamente segura.

Alguien había estado allí.

Observando.

Horas más tarde decidió abandonar temporalmente la cabaña.

Necesitaba continuar investigando.

Pero también quería comprobar si aquella sensación tenía fundamento.

Condujo hasta el pueblo más cercano.

Durante los primeros kilómetros no ocurrió nada.

El camino permaneció vacío.

Después apareció una camioneta oscura detrás de ella.

Sarah no le prestó atención al principio.

Era una carretera pública.

No había nada extraño en ello.

Pero diez minutos después la camioneta seguía allí.

A la misma distancia.

Tomando cada curva.

Siguiendo exactamente la misma ruta.

Sarah observó el espejo retrovisor.

Intentó convencerse de que era una coincidencia.

Sin embargo, la inquietud comenzó a crecer.

Decidió realizar una prueba.

Tomó una salida secundaria que no necesitaba utilizar.

La camioneta hizo lo mismo.

Su corazón dio un vuelco.

Continuó conduciendo.

Giró nuevamente.

La camioneta volvió a seguirla.

Ahora ya no parecía una coincidencia.

Sarah tomó el teléfono.

Intentó fotografiar el vehículo.

Pero la distancia y las curvas dificultaban distinguir la matrícula.

Cuando finalmente consiguió una imagen aceptable, la camioneta disminuyó la velocidad.

Luego tomó otra dirección.

Y desapareció.

Sarah continuó observando por el espejo durante varios minutos.

No volvió a verla.

Pero el mensaje había quedado claro.

Alguien estaba siguiendo sus movimientos.

Aquella tarde decidió visitar nuevamente la biblioteca.

Necesitaba hablar con Grace Thompson.

La bibliotecaria escuchó atentamente mientras Sarah le explicaba lo ocurrido.

Cuando terminó, Grace pareció preocupada.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Vio quién era?

—No.

Grace guardó silencio unos segundos.

Luego miró alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba.

—Sarah.

—¿Sí?

—Hay algo que no le conté la última vez.

La periodista se inclinó hacia adelante.

—¿Qué ocurre?

Grace bajó la voz.

—Hace unos meses otra persona vino preguntando por Black Creek.

Sarah sintió un escalofrío.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Hombre o mujer?

—Un hombre.

—¿Qué quería?

—Los mismos documentos que usted.

Aquella información llamó inmediatamente su atención.

—¿Los encontró?

Grace negó lentamente.

—No.

—¿Qué ocurrió?

La mujer parecía incómoda.

—Volvió varias veces.

—¿Y después?

—Dejó de aparecer.

Sarah permaneció en silencio.

—¿Le dijo para quién trabajaba?

—Nunca.

Aquella respuesta resultaba inquietante.

Especialmente considerando todo lo ocurrido.

Emily investigando.

Documentos ocultos.

Personas desaparecidas.

Vehículos siguiendo sus movimientos.

La sensación de peligro se volvía cada vez más real.

Esa noche regresó a la cabaña antes del anochecer.

Decidió revisar nuevamente las fotografías tomadas en Black Creek.

Quizás había pasado algo por alto.

Conectó la cámara a la computadora.

Comenzó a analizar cada imagen.

Calles vacías.

Edificios abandonados.

Archivos.

Documentos.

Todo parecía normal.

Hasta que llegó a una fotografía tomada cerca del antiguo ayuntamiento.

Sarah se quedó inmóvil.

Ampliando lentamente la imagen.

Entre dos edificios podía verse una figura.

Lejana.

Parcialmente oculta.

Observándola.

Su respiración se detuvo.

Revisó la hora de la fotografía.

Recordó perfectamente aquel momento.

Había creído estar sola.

Pero no lo estaba.

Alguien estaba allí.

Mirándola.

Y probablemente observando todo lo que hacía.

Sarah amplió aún más la imagen.

La calidad no permitía distinguir el rostro.

Solo una silueta oscura.

Inmóvil.

Vigilante.

Sintió un escalofrío recorrer su espalda.

Aquello confirmaba sus sospechas.

La estaban observando desde hacía más tiempo del que imaginaba.

La noche cayó sobre las montañas.

El viento comenzó a soplar con fuerza.

Sarah cerró puertas y ventanas.

No por miedo.

Sino por precaución.

Mientras organizaba los documentos escuchó nuevamente un sonido.

Esta vez provenía claramente del exterior.

Un golpe.

Suave.

Pero inconfundible.

Sarah apagó la lámpara inmediatamente.

La habitación quedó en penumbra.

Esperó.

Silencio.

Luego otro golpe.

Más cercano.

Tomó una linterna.

Y observó cuidadosamente a través de una rendija de la cortina.

El porche estaba vacío.

No había nadie.

Sin embargo, algo llamó su atención.

Un objeto.

Sobre los escalones.

Sarah permaneció inmóvil durante varios segundos.

Finalmente salió con cautela.

El viento agitaba los árboles.

La oscuridad cubría el bosque.

Recogió el objeto.

Era un sobre.

Sin remitente.

Sin marcas.

Solo una palabra escrita en la parte frontal.

Sarah.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

Abrió cuidadosamente el sobre.

Dentro encontró una hoja doblada.

Nada más.

La desplegó.

Y leyó el mensaje.

"Emily intentó descubrir la verdad."

Debajo aparecía otra línea.

"Todavía estás a tiempo de detenerte."

Sarah tragó saliva.

La última frase estaba escrita con letras más grandes.

"Corre."

Exactamente la misma palabra.

La misma advertencia de la grabación.

La misma palabra que Emily había pronunciado antes de desaparecer.

El viento agitó la hoja entre sus manos.

Sarah observó la oscuridad del bosque.

Intentando descubrir quién había dejado aquel mensaje.

Pero no vio a nadie.

Solo sombras.

Árboles.

Y silencio.

Regresó al interior.

Colocó la nota junto a la grabadora.

Las observó durante varios segundos.

Dos advertencias.

El mismo mensaje.

El mismo miedo.

La misma amenaza.

Pero también una nueva certeza.

Quienquiera que estuviera detrás de todo aquello sabía exactamente quién era ella.

Sabía dónde se encontraba.

Sabía lo que estaba investigando.

Y sabía que estaba acercándose peligrosamente a la verdad.

Sarah respiró profundamente.

Durante años había aprendido a enfrentarse al miedo.

A no permitir que la paralizara.

Aquella noche tendría que hacerlo nuevamente.

Porque ahora comprendía algo fundamental.

No solo estaba buscando a Emily.

También se había convertido en un objetivo.

Alguien observaba cada movimiento.

Cada pregunta.

Cada descubrimiento.

Los ojos invisibles que habían seguido a Emily ahora estaban observándola a ella.

Y cuanto más avanzaba en la investigación, más cerca parecía estar de descubrir quién se escondía detrás de ellos.

Pero también más cerca del peligro.

Mientras la tormenta comenzaba a intensificarse sobre las montañas, Sarah tomó una decisión silenciosa.

No iba a retroceder.

No iba a correr.

Y no iba a abandonar la búsqueda.

Porque detrás de aquellas miradas ocultas, detrás de los documentos desaparecidos y de los secretos enterrados de Black Creek, se encontraba la respuesta que llevaba tanto tiempo buscando.

Y estaba decidida a encontrarla.

Capítulo 8: Ecos del pasado

La tormenta continuó durante gran parte de la noche.

Las gotas golpeaban las ventanas de la cabaña mientras el viento recorría el bosque con un sonido profundo y constante. Sarah Jenkins permanecía sentada frente a la mesa, observando la nota anónima que había encontrado en el porche.

La palabra seguía allí.

Corre.

La misma palabra que Emily había pronunciado en la grabación.

La misma advertencia.

La misma sensación de peligro.

Pero aquella noche no era solo el mensaje lo que perturbaba a Sarah.

Era algo más.

Algo que había permanecido oculto durante años.

Algo que comenzaba a despertar nuevamente.

Sus recuerdos.

Los recuerdos de aquella noche ocurrida cinco años atrás.

La noche que había cambiado su vida para siempre.

Sarah cerró lentamente los ojos.

Intentó concentrarse en el presente.

En la investigación.

En Emily.

Pero las imágenes aparecieron igualmente.

Inesperadas.

Intensas.

Incontrolables.

Recordó una calle oscura de Seattle.

La lluvia cayendo sobre el asfalto.

Las luces reflejadas en los charcos.

Recordó que aquella noche había estado trabajando en una investigación importante relacionada con corrupción empresarial.

Había descubierto información comprometida para varias personas influyentes.

Y alguien lo sabía.

Durante semanas había recibido advertencias.

Mensajes extraños.

Llamadas silenciosas.

Amenazas indirectas.

Al principio las ignoró.

Creyó que formaban parte del trabajo.

Pero estaba equivocada.

Aquella noche, mientras regresaba a casa, escuchó pasos detrás de ella.

Rápidos.

Firmes.

Demasiado cercanos.

Intentó girarse.

No tuvo tiempo.

Lo siguiente que recordó fue el miedo.

El caos.

La sensación de peligro.

Después llegaron los meses más difíciles de su vida.

La recuperación.

La ansiedad.

Las pesadillas.

La desconfianza.

Y el largo proceso de reconstruirse emocionalmente.

Cinco años después, las heridas físicas habían desaparecido.

Pero algunas cicatrices seguían presentes.

Ocultas.

Silenciosas.

Esperando el momento de reaparecer.

Y ahora estaban regresando.

Sarah abrió los ojos.

Respiró profundamente.

Miró la mesa.

Los documentos.

Las fotografías.

La grabadora.

Intentó recordarse a sí misma que aquella situación era diferente.

Pero una parte de ella sabía que existían similitudes inquietantes.

En ambos casos había secretos.

Personas poderosas.

Advertencias.

Y la sensación constante de estar siendo observada.

Aquello era precisamente lo que más miedo le provocaba.

No el peligro físico.

Sino la incertidumbre.

La sensación de no saber quién estaba detrás de las sombras.

A la mañana siguiente decidió caminar por los alrededores de la cabaña.

Necesitaba despejar la mente.

El aire frío de la montaña ayudaba a ordenar los pensamientos.

El bosque parecía tranquilo después de la tormenta.

Las hojas brillaban por la humedad.

Los rayos del sol atravesaban las ramas.

Todo parecía en calma.

Sin embargo, Sarah continuaba inquieta.

Mientras avanzaba por un sendero cercano recordó una conversación que había tenido con Emily años atrás.

Había ocurrido poco después del ataque.

En aquella época Sarah apenas salía de casa.

Desconfiaba de todo.

Vivía atrapada por el miedo.

Emily había sido una de las pocas personas que nunca se apartó de su lado.

—No puedes permitir que lo ocurrido defina tu vida —le había dicho.

Sarah recordó perfectamente aquella conversación.

Porque en aquel momento no había querido escucharla.

Pensaba que Emily no comprendía lo que estaba sintiendo.

Pero estaba equivocada.

Emily comprendía más de lo que imaginaba.

Y gracias a ella había comenzado lentamente a recuperar su confianza.

A volver al trabajo.

A volver a vivir.

El recuerdo hizo que una mezcla de tristeza y determinación apareciera dentro de ella.

Precisamente por eso no podía abandonar la búsqueda.

Emily había estado presente cuando más la necesitó.

Ahora era Sarah quien debía encontrarla.

Más tarde decidió revisar algunas cajas que permanecían almacenadas en un armario de la cabaña.

Buscaba cualquier cosa que pudiera distraerla temporalmente de los recuerdos.

Mientras movía varios objetos encontró una libreta antigua.

No pertenecía a la cabaña.

Era suya.

La había guardado años atrás.

Durante el período de recuperación posterior al ataque.

Sarah dudó unos segundos antes de abrirla.

Finalmente lo hizo.

Las páginas contenían pensamientos personales.

Reflexiones.

Miedos.

Objetivos.

Esperanzas.

Leyó algunas líneas.

"Hoy logré salir sola durante veinte minutos."

Otra página.

"Todavía me asusto cuando escucho pasos detrás de mí."

Otra más.

"Algún día volveré a sentirme fuerte."

Sarah permaneció observando aquellas palabras.

Era como escuchar la voz de una versión anterior de sí misma.

Una persona herida.

Vulnerable.

Pero también valiente.

Porque a pesar del miedo había seguido adelante.

Página tras página.

Día tras día.

Hasta reconstruir su vida.

Aquella libreta le recordó algo importante.

Ya había enfrentado la oscuridad una vez.

Y había sobrevivido.

Por la tarde recibió una llamada de Daniel Reyes.

El exdetective al que había conocido durante una investigación años atrás.

Era una persona en quien confiaba.

Quizás una de las pocas.

—Rebecca me habló de tu situación —dijo él después de saludarla.

—Entonces ya sabes que Emily desapareció.

—Sí.

Hubo un breve silencio.

—¿Cómo estás?

La pregunta parecía sencilla.

Pero Sarah tardó varios segundos en responder.

—No lo sé.

Daniel entendió inmediatamente.

—Los recuerdos han vuelto.

No era una pregunta.

Era una afirmación.

Sarah observó el bosque a través de la ventana.

—Sí.

—Era de esperar.

—Lo sé.

—Pero recuerda algo.

—¿Qué?

—No eres la misma persona que hace cinco años.

Sarah permaneció en silencio.

Daniel continuó.

—Aquella Sarah estaba sola. Esta no.

Las palabras tuvieron más efecto del que ella esperaba.

Porque eran ciertas.

Ahora tenía experiencia.

Recursos.

Aliados.

Y una razón poderosa para seguir adelante.

Después de terminar la llamada, Sarah volvió a concentrarse en la investigación.

Sin embargo, algo seguía molestándola.

La fotografía marcada por Emily.

La persona desaparecida de los registros.

Los documentos ocultos.

La advertencia.

Todo parecía conectado.

Pero aún faltaba una pieza importante.

Entonces recordó algo.

Una frase encontrada en uno de los documentos antiguos.

"La situación debe permanecer confidencial."

Tomó nuevamente los archivos.

Comenzó a revisarlos con más atención.

Esta vez observó detalles que antes había pasado por alto.

Firmas.

Fechas.

Nombres.

Y de pronto encontró una coincidencia.

Una de las firmas pertenecía a un funcionario que también aparecía relacionado con Jonathan Walker.

Sarah sintió una descarga de adrenalina.

Era la primera conexión directa que encontraba.

Y podía ser fundamental.

Tomó notas rápidamente.

Aquello significaba que los acontecimientos de Black Creek podían estar vinculados con personas que todavía conservaban influencia.

La posibilidad resultaba inquietante.

Pero también explicaba muchas cosas.

Incluyendo por qué Emily había desaparecido.

La noche volvió a caer sobre las montañas.

Sarah salió al porche.

El cielo estaba despejado por primera vez en varios días.

Las estrellas brillaban sobre los árboles.

El aire era frío.

Pero agradable.

Permaneció allí varios minutos.

Pensando.

Recordando.

Reflexionando.

Finalmente comprendió algo.

Durante los últimos días había estado luchando contra dos enemigos diferentes.

Uno era externo.

Las personas ocultas detrás del misterio de Black Creek.

Las mismas que parecían seguirla y vigilarla.

Pero el otro enemigo era interno.

Su propio miedo.

Los recuerdos.

Las heridas del pasado.

Y quizás había llegado el momento de enfrentarlos definitivamente.

No podía controlar lo que otras personas hacían.

No podía controlar los secretos que intentaban ocultar.

Pero sí podía controlar sus propias decisiones.

Y la decisión estaba tomada.

No permitiría que el pasado dictara su futuro.

No permitiría que el miedo decidiera por ella.

Porque si Emily había encontrado el valor para seguir investigando a pesar del peligro, ella debía hacer lo mismo.

Antes de regresar al interior, observó una vez más la oscuridad del bosque.

Durante unos segundos recordó a la mujer que había sido cinco años atrás.

Asustada.

Insegura.

Convencida de que nunca volvería a sentirse fuerte.

Luego pensó en quién era ahora.

Una periodista capaz.

Una investigadora persistente.

Una amiga dispuesta a arriesgarlo todo por encontrar a alguien importante.

Y comprendió que había recorrido un largo camino.

Mucho más largo de lo que imaginaba.

Los ecos del pasado seguían allí.

Probablemente siempre estarían.

Pero ya no tenían el poder de detenerla.

Porque ahora sabía algo que antes desconocía.

La valentía no consiste en no sentir miedo.

Consiste en avanzar incluso cuando el miedo está presente.

Sarah sonrió levemente.

Luego volvió a entrar en la cabaña.

La investigación continuaba.

Y en algún lugar, detrás de los secretos de Black Creek, la verdad estaba esperando.

Una verdad que cada día parecía más cercana.

Y más peligrosa.

Capítulo 9: La verdad enterrada

La mañana comenzó con un silencio inquietante.

Por primera vez en varios días, el viento había cesado y las montañas parecían inmóviles bajo un cielo gris. Desde la ventana de la cabaña, Sarah Jenkins observó el bosque mientras sostenía una taza de café entre las manos.

Había pasado gran parte de la noche revisando documentos.

Nombres.

Fechas.

Firmas.

Informes incompletos.

Todo parecía girar alrededor de Black Creek.

Y cuanto más avanzaba en la investigación, más evidente resultaba que alguien había dedicado décadas a ocultar la verdad.

Sobre la mesa permanecían extendidos todos los archivos recopilados durante los últimos días.

La fotografía antigua.

La lista de residentes.

Los documentos encontrados en el ayuntamiento.

Las notas de Emily.

Y ahora también las conexiones descubiertas entre antiguos funcionarios y Jonathan Walker.

Sarah observó nuevamente aquella línea temporal que había construido.

Incidente desconocido.

Reuniones privadas.

Documentos desaparecidos.

Abandono del pueblo.

Décadas de silencio.

Y finalmente Emily Carter.

Todo estaba conectado.

Solo faltaba descubrir cómo.

A media mañana recibió una llamada de Grace Thompson.

La bibliotecaria parecía nerviosa.

—Sarah, encontré algo.

La periodista se incorporó inmediatamente.

—¿Qué encontraste?

—Creo que deberías venir.

—¿Es importante?

Hubo una breve pausa.

—Mucho más de lo que imaginas.

Sarah no perdió tiempo.

Menos de una hora después llegó a la biblioteca.

Grace la esperaba en la sala de archivos.

La mujer cerró cuidadosamente la puerta antes de hablar.

—Anoche seguí revisando algunas cajas antiguas.

—¿Y?

Grace colocó una carpeta sobre la mesa.

Era vieja.

Muy vieja.

El cartón estaba desgastado por el tiempo.

—Esto apareció detrás de un archivador que llevaba años sin moverse.

Sarah sintió cómo aumentaba la tensión.

Abrió la carpeta.

En la primera página aparecía un sello oficial.

Archivo Reservado

Debajo figuraba una fecha.

Septiembre de 1987.

Sarah intercambió una mirada con Grace.

Ambas comprendieron inmediatamente la importancia del hallazgo.

Comenzó a leer.

Las primeras páginas contenían informes administrativos.

Parecían rutinarios.

Sin embargo, cuanto más avanzaba, más inquietante se volvía el contenido.

Aparecían referencias constantes a Black Creek.

A inspecciones especiales.

A reuniones privadas.

A decisiones tomadas fuera de los procedimientos habituales.

Sarah pasó una página.

Luego otra.

Y otra más.

Hasta que encontró algo que la dejó inmóvil.

Una lista.

Una lista de residentes.

Pero no era igual a las anteriores.

Junto a cada nombre aparecía una anotación.

Algunos tenían escrito:

Reubicado.

Otros:

Sin seguimiento.

Y varios mostraban una frase mucho más inquietante.

Expediente cerrado.

Sarah levantó la vista.

—¿Qué significa esto?

Grace negó lentamente.

—No lo sé.

Pero ambas comprendían que aquello no era normal.

Continuaron revisando la documentación durante horas.

A medida que avanzaban, comenzaron a surgir patrones alarmantes.

Las fechas coincidían.

Los nombres coincidían.

Los movimientos administrativos coincidían.

Todo parecía formar parte de una operación cuidadosamente organizada.

Y entonces apareció el documento más importante.

Estaba escondido entre varias hojas aparentemente irrelevantes.

Una carta.

Firmada por varias autoridades regionales.

Sarah comenzó a leer.

Al principio parecía una comunicación oficial más.

Pero una frase llamó inmediatamente su atención.

"La preservación de la estabilidad pública requiere discreción absoluta respecto a los acontecimientos de Black Creek."

Sarah volvió a leerla.

Luego una tercera vez.

Aquella frase cambiaba por completo la perspectiva de la investigación.

Porque implicaba algo fundamental.

Las autoridades sabían lo ocurrido.

Y habían decidido ocultarlo.

Mientras avanzaba en la lectura, apareció repetidamente un mismo nombre.

Jonathan Walker.

No el empresario actual.

Sino su padre.

También llamado Jonathan Walker.

Sarah sintió una descarga de adrenalina.

Era una pieza clave.

Hasta ese momento había asumido que el empresario moderno estaba relacionado indirectamente con los acontecimientos.

Pero ahora comprendía que la conexión era mucho más profunda.

La familia Walker había estado involucrada desde el principio.

Décadas antes.

Desde los mismos días en que Black Creek comenzó a desaparecer de los registros.

Aquello no podía ser una coincidencia.

—Mira esto —dijo Grace.

Sarah se acercó.

La bibliotecaria señalaba un plano antiguo.

Mostraba el pueblo completo.

Calles.

Edificios.

Zonas industriales.

Y algo más.

Una sección marcada en rojo.

Situada al norte de Black Creek.

Sarah observó la anotación.

Área restringida.

Frunció el ceño.

—Nunca vimos esto en otros mapas.

—Porque no aparecía —respondió Grace.

Sarah examinó cuidadosamente el documento.

Había símbolos.

Números.

Referencias técnicas.

Parecía una instalación importante.

Pero no aparecía mencionada en ningún registro público moderno.

Era como si nunca hubiera existido.

Otra vez la misma historia.

Más información borrada.

Más secretos enterrados.

El resto de la tarde transcurrió entre documentos y fotografías.

Y cada descubrimiento reforzaba la misma conclusión.

Durante décadas se había desarrollado una campaña sistemática para eliminar partes de la historia de Black Creek.

Archivos retirados.

Registros alterados.

Información clasificada.

Testimonios desaparecidos.

Nada parecía accidental.

Todo parecía planificado.

Sarah observó una de las últimas páginas de la carpeta.

En la parte inferior aparecía una frase escrita a mano.

Probablemente añadida después.

La letra era apresurada.

Nerviosa.

Casi desesperada.

"La verdad no desaparece. Solo espera a ser encontrada."

Sarah permaneció observando aquellas palabras.

Sentía que estaba leyendo un mensaje enviado desde el pasado.

Como si alguien hubiera intentado dejar una advertencia para quien llegara después.

Para alguien como Emily.

O como ella.

Cuando abandonó la biblioteca, el sol comenzaba a ocultarse detrás de las montañas.

Pero Sarah ya no era la misma persona que había entrado aquella mañana.

Ahora sabía algo que antes solo sospechaba.

Existía una conspiración.

Real.

Documentada.

Organizada.

Y llevaba décadas oculta.

Black Creek no había sido abandonado simplemente por problemas económicos.

Había algo más.

Algo mucho más importante.

Algo que muchas personas habían intentado mantener enterrado.

Y Emily había estado a punto de descubrirlo por completo.

Quizás incluso lo había conseguido.

Mientras conducía de regreso a la cabaña, una idea comenzó a tomar forma en su mente.

Si aquellos documentos eran auténticos, entonces la respuesta final probablemente no se encontraba en los archivos.

Se encontraba en Black Creek.

En la zona restringida marcada en el mapa.

En el lugar que alguien había intentado borrar de la historia.

Y por primera vez desde el inicio de la investigación, Sarah sintió que estaba peligrosamente cerca de la verdad.

Una verdad enterrada durante décadas.

Una verdad por la que Emily había arriesgado todo.

Y una verdad que algunas personas todavía estaban dispuestas a proteger a cualquier precio.

Capítulo 10: La trampa en la montaña

La noche cayó sobre las montañas con una rapidez inquietante.

Desde la ventana de la cabaña, Sarah Jenkins observaba cómo las últimas luces del día desaparecían detrás de los picos cubiertos de bosque. Sobre la mesa descansaban los documentos encontrados en la biblioteca, el mapa antiguo de Black Creek y la fotografía que Emily había escondido dentro de su automóvil.

Cada pista parecía conducir al mismo lugar.

La zona restringida señalada en el viejo mapa.

Un área que había sido eliminada de los registros modernos.

Un lugar que alguien había intentado borrar de la historia.

Y quizás el mismo lugar donde Emily había descubierto la verdad.

Sarah pasó una mano por su cabello y observó nuevamente el mapa.

Durante horas había estudiado cada detalle.

Las antiguas rutas de acceso.

Los edificios desaparecidos.

Las referencias numéricas.

Todo apuntaba hacia una pequeña zona situada al norte del pueblo abandonado.

Era evidente que allí se ocultaba algo importante.

Algo que había permanecido enterrado durante décadas.

Pero también comprendía otra realidad.

Ya no estaba investigando en secreto.

Quienquiera que estuviera detrás de todo aquello sabía perfectamente que ella seguía las mismas pistas que Emily.

La nota anónima.

La camioneta siguiéndola.

La figura observándola en Black Creek.

Todo lo demostraba.

Y eso significaba que el tiempo comenzaba a agotarse.

A la mañana siguiente recibió una llamada de Daniel Reyes.

La comunicación era irregular debido a la cobertura limitada de la montaña.

—Sarah, necesito hablar contigo.

La seriedad de su voz llamó inmediatamente su atención.

—¿Qué ocurre?

—He estado investigando algunos nombres de tus documentos.

Sarah se incorporó.

—¿Encontraste algo?

—Sí.

Hubo una breve pausa.

—Y no me gusta.

Sarah sintió cómo aumentaba la tensión.

—Habla.

—Varias personas relacionadas con Black Creek ocuparon puestos importantes durante muchos años.

—Eso ya lo sospechábamos.

—Hay más.

Daniel guardó silencio durante unos segundos.

—Algunas conexiones llegan hasta empresas actuales.

Sarah miró los documentos sobre la mesa.

—¿Jonathan Walker?

—Entre otros.

La periodista permaneció en silencio.

Aquello confirmaba sus sospechas.

La red de influencia no había desaparecido.

Simplemente había evolucionado con el paso del tiempo.

—Necesitas tener cuidado —continuó Daniel—. Mucho cuidado.

—Lo sé.

—No, Sarah. Creo que no lo entiendes completamente.

Aquellas palabras hicieron que la inquietud aumentara.

—¿Por qué dices eso?

—Porque alguien ya sabe que estás investigando.

Sarah recordó la nota encontrada en el porche.

La palabra escrita en ella.

Corre.

—Sí. Lo sé.

—Entonces no hagas nada sola.

Sarah observó el mapa.

La zona restringida.

Black Creek.

Emily.

La verdad.

Todo parecía estar esperándola allí.

—Lo intentaré —respondió finalmente.

Pero incluso mientras pronunciaba aquellas palabras sabía que probablemente no cumpliría esa promesa.

Esa misma tarde decidió regresar a Black Creek.

El cielo estaba cubierto por nubes oscuras.

El viento comenzaba a aumentar.

Las condiciones no eran ideales.

Sin embargo, sentía que no podía esperar más.

Cada día que pasaba reducía las posibilidades de encontrar a Emily.

Y cada nueva pista indicaba que la respuesta estaba cerca.

Muy cerca.

Condujo durante más de una hora por carreteras casi vacías.

A medida que se acercaba al pueblo abandonado, la sensación de inquietud regresó.

Aquella misma sensación que había experimentado durante los últimos días.

La sensación de que alguien observaba cada movimiento.

Miró varias veces por el espejo retrovisor.

No había vehículos.

No había personas.

Nada.

Y aun así no conseguía sentirse tranquila.

Cuando llegó a Black Creek, el lugar parecía aún más desolado que la última vez.

El viento recorría las calles vacías levantando pequeñas nubes de polvo.

Las ventanas rotas emitían silbidos extraños.

Las fachadas deterioradas parecían observarla en silencio.

Sarah estacionó cerca del antiguo ayuntamiento.

Tomó su mochila.

La cámara.

La linterna.

Y comenzó a caminar.

Su objetivo era claro.

Llegar hasta la zona restringida del mapa.

Mientras avanzaba por las calles abandonadas observó nuevamente las huellas que había encontrado días atrás.

Aunque la lluvia había borrado parte de ellas, todavía podían distinguirse algunas marcas recientes.

Alguien seguía visitando el pueblo.

Alguien que no quería ser visto.

Sarah continuó avanzando.

Pasó junto a edificios vacíos.

Calles olvidadas.

Estructuras cubiertas por vegetación.

Finalmente llegó al límite norte del pueblo.

Más allá comenzaba el bosque.

Consultó el mapa.

La ubicación coincidía.

La zona restringida debía encontrarse varios kilómetros más adelante.

El sendero era estrecho.

Difícil de distinguir entre la vegetación.

Pero existía.

Y eso era suficiente.

Durante años de investigación había aprendido que los caminos olvidados suelen conducir a los secretos más importantes.

Mientras avanzaba, el bosque se volvía cada vez más silencioso.

Demasiado silencioso.

No escuchaba pájaros.

Ni animales.

Solo el sonido de sus propios pasos.

Y el viento.

Aquello aumentaba la tensión.

Sarah observó varias veces a su alrededor.

Nada parecía moverse.

Sin embargo, la sensación de estar siendo observada permanecía.

Después de casi cuarenta minutos caminando encontró algo inesperado.

Una cerca.

Antigua.

Oxidada.

Parcialmente derrumbada.

Pero claramente artificial.

No pertenecía al entorno natural.

Alguien la había construido.

Y alguien había querido impedir el acceso a aquella zona.

Sarah siguió el perímetro.

Finalmente encontró una abertura.

Lo suficientemente grande para pasar.

Del otro lado apareció una estructura.

Oculta entre los árboles.

Su corazón comenzó a acelerarse.

Era un edificio.

Pequeño.

Abandonado.

Casi completamente cubierto por la vegetación.

Pero seguía allí.

Esperando.

Como un fragmento olvidado del pasado.

Sarah se acercó lentamente.

La puerta principal estaba cerrada.

Las ventanas cubiertas de polvo.

Parecía deshabitado desde hacía décadas.

Sin embargo, algo llamó inmediatamente su atención.

Había huellas recientes cerca de la entrada.

Muchas.

Algunas muy recientes.

Aquello significaba que alguien seguía visitando el lugar.

Y con frecuencia.

Tomó varias fotografías.

Después rodeó el edificio.

En la parte trasera encontró una ventana rota.

Suficiente para observar el interior.

Dirigió la linterna hacia dentro.

Y contuvo la respiración.

El edificio no estaba vacío.

Había archivadores.

Mesas.

Estanterías.

Cajas.

Decenas de cajas.

Era un almacén documental.

Un lugar donde se habían guardado registros.

Quizás durante décadas.

Sarah sintió una mezcla de emoción y nerviosismo.

Podía haber encontrado el centro de toda la conspiración.

El lugar donde se ocultaba la información desaparecida.

Los documentos que alguien había intentado borrar.

Las respuestas que Emily estaba buscando.

Y precisamente por eso comprendió algo inquietante.

Si aquel lugar era tan importante, probablemente no estaba sola.

Mientras observaba el interior escuchó un ruido.

Detrás de ella.

Un crujido.

Lento.

Pesado.

Sarah se giró inmediatamente.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

El bosque parecía vacío.

Pero el sonido había sido real.

Estaba completamente segura.

Permaneció inmóvil.

Escuchando.

Esperando.

Entonces escuchó otro ruido.

Más cercano.

Mucho más cercano.

Como si alguien caminara entre los árboles.

La periodista apagó la linterna.

Su respiración se volvió lenta.

Controlada.

Durante varios segundos solo escuchó el viento.

Después el silencio regresó.

Pero ahora sabía algo.

No estaba sola.

Sarah retrocedió lentamente.

Observando cada sombra.

Cada árbol.

Cada movimiento.

La sensación era cada vez más intensa.

Como si unos ojos invisibles la estuvieran observando desde la oscuridad.

Y entonces ocurrió.

Una figura apareció brevemente entre los árboles.

Lejana.

Oscura.

Inmóvil.

Sarah apenas tuvo tiempo de verla.

Porque desapareció inmediatamente.

Como si nunca hubiera estado allí.

Pero fue suficiente.

Alguien la había encontrado.

Alguien sabía exactamente dónde estaba.

Y probablemente sabía también lo que acababa de descubrir.

La trampa comenzaba a cerrarse.

Y por primera vez desde el inicio de la investigación, Sarah comprendió que quienes habían ocultado la verdad durante décadas finalmente habían decidido actuar.

Capítulo 11: La noche de las revelaciones

La oscuridad había cubierto completamente el bosque.

Sarah Jenkins permanecía inmóvil detrás de un grupo de árboles, observando la vieja estructura oculta en la montaña. La figura que había visto momentos antes había desaparecido entre las sombras, pero la sensación de peligro seguía allí.

Su corazón latía con fuerza.

No por miedo.

Sino por la certeza de que estaba más cerca que nunca de la verdad.

Durante días había seguido pistas dispersas.

Documentos ocultos.

Archivos incompletos.

Nombres borrados de los registros.

Advertencias anónimas.

Y ahora se encontraba frente al lugar que parecía conectar todos los secretos de Black Creek.

El mismo lugar que Emily probablemente había descubierto antes de desaparecer.

Sarah respiró profundamente.

Debía actuar con calma.

Un error podía costarle la oportunidad de encontrar respuestas.

O incluso encontrar a Emily.

Esperó varios minutos.

El bosque volvió a quedar en silencio.

Finalmente decidió acercarse nuevamente al edificio.

La ventana rota seguía allí.

La vegetación se movía suavemente con el viento nocturno.

Tomó la linterna y volvió a iluminar el interior.

Archivadores.

Mesas.

Cajas.

Decenas de cajas.

Aquello parecía un archivo secreto olvidado por el tiempo.

Después de rodear la construcción encontró una puerta lateral parcialmente abierta.

Alguien la había forzado años atrás.

O quizás la utilizaba regularmente.

Sarah empujó con cuidado.

La madera emitió un crujido.

Entró.

El aire olía a polvo y humedad.

Todo estaba cubierto por una fina capa gris.

Pero no parecía abandonado por completo.

Había huellas recientes sobre el suelo.

Aquello confirmó sus sospechas.

Alguien seguía visitando aquel lugar.

Comenzó a revisar las cajas más cercanas.

La mayoría contenía documentos administrativos.

Facturas.

Correspondencia.

Informes técnicos.

Sin embargo, una caja llamó inmediatamente su atención.

Estaba marcada con una etiqueta antigua.

Black Creek – Archivo Especial

Sarah sintió una descarga de adrenalina.

Abrió la tapa.

En el interior encontró carpetas cuidadosamente organizadas.

Cada una llevaba una fecha.

Precisamente los años que Emily había estado investigando.

Tomó la carpeta correspondiente a 1987.

Y comenzó a leer.

Las primeras páginas describían reuniones privadas entre empresarios, funcionarios locales y representantes regionales.

Los nombres aparecían repetidamente.

Algunos ya le resultaban familiares.

Otros no.

Pero todos parecían formar parte de la misma red.

Sarah pasó varias páginas.

Y entonces encontró algo que cambió completamente la investigación.

Un informe.

Clasificado.

Firmado.

Sellado.

Y oculto durante décadas.

El documento describía un proyecto secreto relacionado con terrenos situados bajo Black Creek.

Un proyecto que prometía enormes beneficios económicos.

Sin embargo, durante las evaluaciones iniciales se descubrieron irregularidades graves.

Información que nunca fue comunicada públicamente.

Información que algunas personas decidieron ocultar para proteger sus intereses.

Sarah comprendió inmediatamente por qué alguien había intentado borrar la historia.

No se trataba simplemente de un pueblo abandonado.

Se trataba de una verdad incómoda.

Una verdad capaz de destruir reputaciones construidas durante generaciones.

Mientras continuaba revisando documentos, encontró algo más.

Una carpeta mucho más reciente.

Su fecha apenas tenía unos meses de antigüedad.

Eso era imposible.

A menos que alguien hubiera seguido utilizando aquel lugar.

La abrió.

Y sintió cómo el corazón le daba un vuelco.

El nombre de Emily Carter aparecía en la primera página.

Sarah permaneció inmóvil.

Volvió a leer.

No había duda.

Era Emily.

Los documentos describían parte de sus investigaciones.

Fotografías.

Movimientos.

Lugares visitados.

Entrevistas realizadas.

Sarah sintió un escalofrío.

Alguien había estado vigilando a Emily mucho antes de su desaparición.

Aquello explicaba la advertencia de la grabación.

Ellos sabían lo que había descubierto.

Y también sabían que estaba acercándose peligrosamente a la verdad.

Un ruido interrumpió sus pensamientos.

Un golpe seco.

Proveniente del exterior.

Sarah apagó inmediatamente la linterna.

El edificio quedó completamente oscuro.

Escuchó atentamente.

Otro ruido.

Más cercano.

Alguien estaba allí.

Su respiración se volvió lenta.

Controlada.

Esperó.

Los segundos parecieron eternos.

Finalmente escuchó una voz.

Débil.

Lejana.

Casi un susurro.

Sarah frunció el ceño.

Aquella voz le resultaba familiar.

Demasiado familiar.

Volvió a escucharla.

Esta vez con mayor claridad.

Y entonces comprendió.

Era Emily.

Sin pensarlo dos veces salió del edificio.

La voz provenía de una construcción situada unos metros más adelante.

Un pequeño refugio oculto entre los árboles.

Sarah corrió.

Su corazón golpeaba con fuerza contra el pecho.

Durante días había imaginado aquel momento.

Había temido que nunca llegara.

Y ahora estaba ocurriendo.

Llegó hasta la puerta.

Escuchó nuevamente la voz.

Sí.

Era Emily.

No había ninguna duda.

Empujó la puerta.

Entró.

Y se quedó inmóvil.

Emily estaba allí.

Sentada junto a una mesa.

Pálida.

Cansada.

Pero viva.

Durante varios segundos ninguna de las dos habló.

Simplemente se observaron.

Como si ambas necesitaran confirmar que aquello era real.

Finalmente Emily sonrió.

Una sonrisa débil.

Emocionada.

—Sabía que vendrías.

Sarah sintió cómo la tensión acumulada durante tantos días comenzaba a desaparecer.

Se acercó rápidamente.

Las dos amigas se abrazaron.

Ninguna pudo contener las lágrimas.

Habían pasado demasiadas cosas.

Demasiado miedo.

Demasiada incertidumbre.

Pero finalmente estaban juntas.

Cuando lograron calmarse, Sarah observó a Emily con atención.

Parecía agotada.

Había ojeras marcadas.

Y evidentes signos de cansancio.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Sarah.

Emily respiró profundamente.

Miró hacia la ventana.

Como si reviviera todo nuevamente.

—Descubrí algo que no debía descubrir.

Sarah se sentó frente a ella.

—Cuéntamelo.

Emily asintió lentamente.

Y comenzó a hablar.

Durante semanas había investigado la historia de Black Creek para su blog.

Al principio parecía una historia local más.

Un pueblo abandonado.

Archivos perdidos.

Leyendas olvidadas.

Pero cuanto más profundizaba, más inconsistencias encontraba.

Documentos desaparecidos.

Registros modificados.

Testimonios contradictorios.

Finalmente descubrió los archivos ocultos relacionados con el proyecto desarrollado en 1987.

Y comprendió que varias personas influyentes habían trabajado durante años para ocultar información importante.

Cuando comenzó a hacer preguntas más directas, notó que alguien la seguía.

Al principio pensó que estaba imaginándolo.

Después encontró pruebas.

Personas observándola.

Vehículos siguiéndola.

Mensajes indirectos.

La situación empeoró rápidamente.

Hasta que comprendió que debía desaparecer temporalmente.

—¿Por eso dejaste la grabación?

Emily asintió.

—Sabía que intentarías encontrarme.

Sarah bajó la mirada.

Era cierto.

Nunca habría dejado de buscarla.

—Quería protegerte.

—Lo sé.

Emily sonrió tristemente.

—Pero también sabía que no me escucharías.

Las dos permanecieron en silencio unos instantes.

Finalmente Sarah mostró los documentos encontrados aquella noche.

Emily los observó.

Y su expresión cambió inmediatamente.

—Los encontraste.

—Sí.

—Entonces ya sabes parte de la verdad.

Sarah asintió.

—Solo parte.

Emily respiró profundamente.

Luego dijo algo que hizo que el ambiente se volviera aún más tenso.

—Lo que descubriste es solo el comienzo.

Sarah sintió un escalofrío.

—¿Qué significa eso?

Emily la observó directamente.

—Que las personas involucradas son mucho más poderosas de lo que imaginas.

El silencio volvió a llenar la habitación.

Fuera, el viento recorría el bosque.

Dentro, ambas comprendían la gravedad de la situación.

Porque encontrar a Emily era solo una parte de la historia.

La verdadera amenaza seguía allí.

Oculta.

Observando.

Esperando.

Y la verdad completa resultaba mucho más peligrosa de lo que cualquiera de las dos había imaginado.

La noche de las revelaciones apenas comenzaba.

Capítulo 12: Cuando termina la huida

La noche era fría y silenciosa.

El refugio oculto entre los árboles parecía aislado del resto del mundo mientras Sarah Jenkins observaba los documentos esparcidos sobre la mesa. Después de días de búsqueda, peligros y preguntas sin respuesta, finalmente había encontrado a Emily. Sin embargo, ambas sabían que la historia aún no había terminado.

La verdad estaba frente a ellas.

Y también el riesgo.

Emily pasó lentamente una página de la carpeta que había protegido durante semanas.

—Todo está aquí —dijo en voz baja.

Sarah observó los documentos.

Había informes antiguos.

Cartas.

Mapas.

Registros ocultos.

Fotografías.

Décadas de información que alguien había intentado borrar.

Durante varios minutos ambas permanecieron en silencio.

La magnitud de lo descubierto era difícil de comprender.

Black Creek no había sido abandonado por casualidad.

Algunas personas poderosas habían tomado decisiones que afectaron a muchas familias.

Cuando ciertos residentes comenzaron a descubrir irregularidades y hacer preguntas incómodas, esas personas utilizaron su influencia para ocultar información.

Con el tiempo, los registros desaparecieron.

Los archivos fueron modificados.

La historia fue enterrada.

Y el pueblo terminó convirtiéndose en una ciudad fantasma.

Sarah cerró lentamente una de las carpetas.

Ahora comprendía por qué Emily había desaparecido.

Comprendía por qué alguien había seguido cada uno de sus movimientos.

Y comprendía por qué tantas personas parecían empeñadas en mantener el silencio.

—Todo este tiempo intentaron protegerse —dijo Sarah.

Emily asintió.

—Y todavía lo intentan.

La periodista observó la ventana.

La oscuridad del bosque seguía rodeando el refugio.

Pero algo había cambiado.

Por primera vez sentía que el final estaba cerca.

Antes del amanecer decidieron abandonar el lugar.

No podían permanecer escondidas para siempre.

Además, la información debía llegar a las autoridades correctas y a los medios de comunicación.

Era la única forma de impedir que volviera a desaparecer.

Mientras caminaban por el bosque, Sarah recordó todo lo ocurrido durante las últimas semanas.

La llegada a la cabaña.

La ausencia de Emily.

El automóvil abandonado.

La grabación.

Black Creek.

Los archivos ocultos.

Las amenazas.

La sensación constante de estar siendo observada.

Cada paso la había acercado a la verdad.

Y también a sus propios miedos.

Cuando llegaron a la carretera principal, el sol comenzaba a aparecer detrás de las montañas.

La luz dorada iluminó los árboles y las colinas.

Por primera vez en mucho tiempo, Sarah sintió una extraña tranquilidad.

Los días siguientes estuvieron llenos de trabajo.

Sarah y Emily organizaron cuidadosamente toda la información recopilada.

Revisaron documentos.

Confirmaron fechas.

Verificaron testimonios.

Analizaron fotografías.

Nada podía quedar al azar.

La verdad debía ser presentada con pruebas sólidas.

Cada noche terminaban agotadas.

Pero también más cerca de concluir la investigación.

Durante ese proceso, Sarah comenzó a notar algo importante.

Los recuerdos del ataque sufrido cinco años atrás ya no la dominaban como antes.

Seguían existiendo.

Las cicatrices seguían allí.

Pero habían perdido fuerza.

Porque durante aquella búsqueda había demostrado algo que necesitaba recordar.

Era mucho más fuerte de lo que creía.

Una tarde, mientras revisaban los últimos documentos, Emily rompió el silencio.

—Hay algo que siempre quise preguntarte.

Sarah levantó la vista.

—¿Qué ocurre?

Emily sonrió levemente.

—¿Por qué no te rendiste?

Sarah permaneció pensativa durante unos segundos.

Luego respondió.

—Porque eras tú.

Emily bajó la mirada.

Emocionada.

—Podrías haberte alejado.

—Lo sé.

—Habría sido más seguro.

Sarah sonrió.

—Nunca fue una opción.

Las dos amigas permanecieron en silencio.

No hacía falta decir nada más.

La amistad que compartían era la razón por la que todo aquello había sido posible.

La razón por la que Sarah había seguido adelante incluso cuando el miedo parecía más fuerte.

Una semana después, gran parte de la información comenzó a hacerse pública.

Periodistas.

Investigadores.

Historiadores.

Todos empezaron a interesarse por Black Creek.

Los documentos ocultos salieron finalmente a la luz.

Muchas preguntas encontraron respuesta.

Y otras nuevas comenzaron a surgir.

Sin embargo, lo más importante era que la historia ya no podía ser enterrada nuevamente.

El silencio había terminado.

La verdad finalmente pertenecía a todos.

Aquella noche, Sarah regresó sola a la cabaña de montaña.

Quería despedirse del lugar donde todo había comenzado.

Se sentó en el porche.

El aire era fresco.

Las estrellas brillaban sobre las montañas.

Durante varios minutos observó el bosque en silencio.

Entonces recordó la grabación.

La voz de Emily.

La advertencia.

Aquella palabra.

Corre.

Durante mucho tiempo había pensado que aquel mensaje significaba huir.

Escapar.

Alejarse del peligro.

Pero ahora entendía algo diferente.

Emily no le había pedido que abandonara la verdad.

Le había pedido que sobreviviera.

Que siguiera adelante.

Que no permitiera que el miedo la destruyera.

Y eso era exactamente lo que había ocurrido.

Sarah había enfrentado sus recuerdos.

Había enfrentado la incertidumbre.

Había enfrentado los secretos ocultos de Black Creek.

Y finalmente había encontrado aquello que llevaba años buscando.

No solo la verdad.

También a sí misma.

El viento recorrió suavemente los árboles.

Sarah cerró los ojos durante unos segundos.

Pensó en todo lo ocurrido.

Pensó en Emily.

Pensó en las personas que habían sufrido por culpa del silencio.

Y pensó en el futuro.

Por primera vez en mucho tiempo, no sentía miedo.

Solo determinación.

La huida había terminado.

No porque el peligro desapareciera.

No porque la vida fuera más sencilla.

Sino porque finalmente había decidido dejar de correr.

Abrió los ojos.

Miró las montañas iluminadas por la luna.

Y sonrió.

Un nuevo comienzo la esperaba.

Y esta vez estaba lista para enfrentarlo.

Epílogo: Lo que quedó después del miedo

Seis meses después.

La lluvia caía suavemente sobre las calles de Seattle mientras Sarah Jenkins observaba el horizonte desde la ventana de su apartamento.

La ciudad seguía siendo la misma.

Los edificios.

Las luces.

El ruido distante del tráfico.

Todo parecía igual.

Y, sin embargo, nada era igual para ella.

Habían pasado seis meses desde los acontecimientos de Black Creek.

Seis meses desde que encontró a Emily.

Seis meses desde que los secretos ocultos durante décadas finalmente salieron a la luz.

Durante ese tiempo ocurrieron muchas cosas.

Los documentos descubiertos por Sarah y Emily fueron examinados por periodistas, historiadores e investigadores independientes.

Numerosos archivos ocultos se hicieron públicos.

Viejos registros desaparecidos reaparecieron.

Personas que habían guardado silencio durante años finalmente decidieron hablar.

La historia de Black Creek dejó de ser un misterio olvidado.

Por primera vez en décadas, la verdad comenzó a ocupar el lugar que siempre debió haber tenido.

Pero para Sarah, lo más importante no era lo que había aparecido en los periódicos.

Ni los titulares.

Ni las investigaciones.

Ni las consecuencias públicas.

Lo más importante era algo mucho más personal.

Había recuperado una parte de sí misma que creía perdida para siempre.

Durante años, después del ataque que sufrió en Seattle, vivió con una sensación constante de inseguridad.

Intentó seguir adelante.

Trabajó.

Sonrió.

Continuó con su vida.

Pero una parte de ella permanecía atrapada en el pasado.

Siempre alerta.

Siempre preparada para el peligro.

Siempre esperando que algo malo volviera a ocurrir.

Black Creek cambió eso.

No porque eliminara sus miedos.

Sino porque le enseñó algo diferente.

Le enseñó que podía enfrentarlos.

Y sobrevivir.

Aquella lección resultó más poderosa que cualquier otra cosa descubierta durante la investigación.

Una mañana recibió una llamada de Emily.

—¿Tienes planes para hoy?

Sarah sonrió al escuchar su voz.

—Depende.

—Necesito ayuda para elegir una fotografía.

—¿Otra vez?

Emily soltó una carcajada.

—Esta vez es importante.

—Eso dijiste las últimas tres veces.

—Y tenía razón.

Sarah rió.

Aquellas conversaciones sencillas se habían convertido en una de las cosas que más valoraba.

Durante semanas había temido no volver a escuchar aquella voz.

Ahora podía hacerlo siempre que quisiera.

Y nunca lo daba por sentado.

Aquella tarde se encontraron en una pequeña cafetería cerca del puerto.

Emily parecía diferente.

Más tranquila.

Más relajada.

Las semanas de incertidumbre habían quedado atrás.

Aunque ambas seguían procesando todo lo ocurrido, comenzaban a recuperar la normalidad.

Después de conversar durante un rato, Emily sacó una fotografía de su bolso.

Era una imagen tomada durante el otoño.

Mostraba las montañas cercanas a Black Creek iluminadas por la luz del atardecer.

Sarah la observó durante varios segundos.

—Es hermosa.

Emily sonrió.

—Quiero usarla para un artículo.

—¿Sobre Black Creek?

—No exactamente.

—¿Entonces?

Emily miró la fotografía.

—Sobre seguir adelante.

Sarah permaneció en silencio.

Comprendía perfectamente lo que quería decir.

Porque ambas estaban intentando hacer exactamente eso.

Seguir adelante.

Con el paso de los meses, la historia de Black Creek comenzó lentamente a convertirse en parte del pasado.

Las investigaciones continuaron.

Los documentos siguieron siendo estudiados.

Pero la intensidad de aquellos días quedó atrás.

La vida recuperó su ritmo habitual.

Sarah volvió a trabajar en nuevos reportajes.

Emily regresó a sus proyectos históricos.

Y aunque sus vidas parecían normales, ambas sabían que algo había cambiado para siempre.

Habían atravesado una experiencia que las transformó.

Una experiencia que fortaleció una amistad ya profunda.

Una experiencia que les recordó lo frágil y valiosa que puede ser la verdad.

Una noche, mientras organizaba algunas cajas antiguas en su apartamento, Sarah encontró la grabadora que había recuperado del automóvil de Emily.

Permaneció observándola durante varios segundos.

Luego presionó el botón de reproducción.

La voz de Emily llenó nuevamente la habitación.

Aquella voz cargada de urgencia.

Aquella voz marcada por el miedo.

Aquella voz que había iniciado todo.

—Sarah...

La grabación continuó.

Y finalmente llegó la última palabra.

La palabra que durante meses había ocupado sus pensamientos.

—Corre.

Sarah apagó la grabadora.

Esta vez no sintió tristeza.

Ni miedo.

Solo comprensión.

Durante mucho tiempo había interpretado aquel mensaje de forma literal.

Como una advertencia para escapar.

Para alejarse.

Para sobrevivir.

Ahora entendía algo mucho más profundo.

Emily no estaba intentando abandonarla.

Estaba intentando protegerla.

Intentaba darle una oportunidad.

Una oportunidad para vivir.

Para regresar.

Para luchar otro día.

Y quizás esa era una de las formas más sinceras de amistad.

Semanas después, Sarah y Emily realizaron una última visita a las montañas.

No fueron a investigar.

No fueron a buscar respuestas.

Simplemente fueron a caminar.

El bosque estaba tranquilo.

Los senderos parecían distintos bajo la luz del verano.

Cuando llegaron a un mirador desde donde podían observar kilómetros de montañas, ambas se detuvieron.

El paisaje era impresionante.

El viento movía suavemente las ramas de los árboles.

Y por un momento todo pareció estar en paz.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Emily.

—¿Qué?

—Creo que Black Creek siempre formará parte de nuestras vidas.

Sarah observó el horizonte.

Luego sonrió.

—Sí.

—Pero ya no nos define.

Sarah asintió.

Aquellas palabras resumían perfectamente lo que sentía.

El pasado siempre existiría.

Las cicatrices permanecerían.

Los recuerdos seguirían acompañándolas.

Pero ya no controlarían su futuro.

Mientras el sol comenzaba a ocultarse detrás de las montañas, Sarah comprendió algo que había tardado años en aprender.

La valentía no consiste en no sentir miedo.

El miedo forma parte de la vida.

Siempre estará presente de una forma u otra.

La verdadera valentía consiste en continuar avanzando incluso cuando el miedo existe.

Consiste en levantarse después de caer.

Consiste en confiar en las personas que amas.

Consiste en seguir adelante cuando sería más fácil rendirse.

Y eso era exactamente lo que habían hecho.

Ella.

Emily.

Y todos aquellos que se negaron a permitir que la verdad desapareciera.

El antiguo secreto finalmente había salido a la luz.

La verdad había prevalecido.

Y la amistad había demostrado ser más fuerte que el miedo.

Mientras observaba el último resplandor del atardecer sobre las montañas, Sarah sonrió.

Finalmente entendía el verdadero significado de aquel mensaje.

Nunca fue una despedida.

Nunca fue una rendición.

Fue una advertencia nacida del afecto más profundo.

Un recordatorio de supervivencia.

Una promesa silenciosa entre amigas.

Corre para sobrevivir hoy... y poder luchar mañana.

Y con esa certeza, Sarah siguió caminando hacia el futuro.

Sin huir.

Sin esconderse.

Y sin miedo a la verdad.

Fin